

EL
SER
QUE
HABITA EN MÍ

MANUEL PUERTAS

MANUEL PUERTAS

El ser que habita en mí

Le confiaré cada parte de mi historia, cada cuaderno escrito con mi puño y letra, aunque eso signifique condenarlo a esta maldición.

PRÓLOGO

Palabras llenas de pensamientos, vasos colmados de recuerdos, una expulsión constante sin saber porqué, todo salía a velocidad insostenible, muchas ideas, muchos traumas en las líneas de este libro. Sin nombre, sin identidad ¿Quién eres? Una sombra que nos cuenta, que nos narra una parte de su vida, un agujero negro de destrucción plagado de miedos. Todo se apartó a ambos lados del escritorio cuando esta idea surgió, una noche oscura, una respiración pareja en mi cama, una idea destructiva me llamaba por mi nombre, me susurraba imaginación y me pedía más sangre. Simplemente me suplicaba.

¡Sácame de tu mente!

Tomé un bolígrafo y empecé;

Negrura y aflicción en el torso de mis víctimas, más allá de cualquier fundamento. La razón de tales masacres, una umbría más opaca que cualquier eclipse.

Travesías sin fin en busca de la voz que me guía. Veneno esparcido bajo las capas de mi piel, seres sobrenaturales copando las grietas de mi realidad, una vida de exterminio por delante.

Sin duda una de mis obsesiones, Dios del cielo y demonio del infierno en un solo ser. Pero aún es pronto, todavía he de contar el porqué de toda esta parafernalia.

A partir de aquí el retorno será inviable, toda la sangre derramada no podrá volver a recorrer un cuerpo, los actos que se lleven a cabo perdurarán por siempre.

PRIMERA PARTE

CAPÍTULO 1

SIN COMPASIÓN

Las manecillas de mi reloj combinan sus sonidos haciéndome imposible poder dormir, ni los latidos de mi corazón son capaces de contrarrestar tales ruidos sinusoidales. A veces necesito matar aunque sea soñando entre mis sábanas para poder sentirme saciado.

Picasso, Einstein, Van Gogh, grandes genios incomprendidos en algún momento, genios que como yo escondieron su potencial más allá de la propia vida. Sin embargo dentro de mí hay más que todo eso, se esconde algo que me aleja del objetivo, ya sean posesiones, alucinaciones, miedo, o el hecho de estar desperdiciando mi oscuro talento, son razones que aterran a mis sinapsis.

Los días pasan entre ráfagas de sangre, creando una eterna obra hasta desaparecer sin dejar rastro.

Simplemente la luz que entra por los pliegues de las ventanas provoca estupor en mi pálida piel y en mis rosados labios de mal creación. Terror inoportuno ante el hecho de haber crecido bajo el mismo ambiente que muchos asesinos contenidos. No sé cómo alargar las páginas de mis crónicas pero sí sé que después de acabarlas, todo o nada cambiará de vía.

La vieja sombra de Dios-Demonio me envenena entre pensamientos elocuentes mientras la sangre de otros corre por mis dedos, la sádica visión de un enfermo más bien pobre pero bastante más cobarde.

Posiblemente buscando encontraré el cuerpo perfecto para mi gran obra. Lejos de descubrirlo aún, busco entre los cuerpos que se descomponen en mi sótano algún resquicio de perfección para complementar el ser perfecto.

Hay momentos en los cuales los charcos de sangre avanzan haciendo imposible ocultar tal masacre, sin embargo Dios-Demonio me arropa de protección permitiéndome poder terminar esta obra maestra.

En algunas ocasiones puede que pecara de ingenuo y de no hacer las cosas tal y como la voz de mis adentros intentaba que las hiciera. Pero también tenía que entender que descuartizar extremidades podía llegar a ser difícil.

Mi sótano es mi santuario, el lugar donde cumplo sus deseos. Son pocas las ocasiones en las que me digno a mostrar mi rostro al exterior. Vago por los alrededores en busca de savia nueva que me llene y me lleve a la culminación. Me acerco por la espalda y no paro hasta que el suave sonido del crujido de sus cuellos alivia mi sed de placer, hay zonas donde nadie está a salvo de sus peticiones.

Puede que no recuerde cuándo comencé a pensar en plasmar mis actos demoníacos en hechos, ya que fue tan al comienzo de mis días que me es imposible recordar.

Progresivamente mi imaginación iba colmando hasta no dejar ni una idea existente sin realizar, ese fue el momento en que la voz de mi interior se intensificó hasta convertirme en el gran e histérico psicópata que soy.

Al principio comencé a matar por puro odio y placer, sin ninguna razón exterior o celestial, una especie de hobby maquiavélico sin orden ni reglas. El tiempo fue dándome la clave para averiguar que era una prueba, que tan sólo mis manos de precisión cirujana podrían llevar a cabo.

Hubo situaciones en las cuales comencé a darme cuenta que la abominación tenía nombre y

apellidos y que yo figuraba en ella como un ser despiadado o tal vez como un ser más avanzado de lo que ellos creían. ¿Por qué creer en esos tópicos instaurados? ¿Por qué no ir más allá de la propia realidad existente y rozar lo no visible?

Lejos de apaciguarme quise mostrar mi ingenio a muchos que decían saber apreciar el arte, sin embargo no compartieron conmigo ni la forma ni los medios, lo que en todas las ocasiones me obligó a hacer con ellos una auténtica orgía de huesos. ¿Qué opción me quedaba? Habían conocido los entresijos de mis creaciones, la belleza de ser ingenioso con el cuerpo humano y no con el fin de darle la vida sino con el fin de quitársela.

En los prolegómenos de mis creaciones me imaginaba la manera de deshumanizarlos, dejándoles sin expresiones, como una estatua griega que simboliza el estilo arcaico.

Hubo momentos en los que podía percibir el miedo en sus retinas. Algunos rezaban, otros simplemente dejaban la mirada perdida, en esos instantes yo recordaba a sus hijos, mujeres, padres, para que así mis ganas de asesinarlos aumentaran.

Quiero confesaros algo, no siempre he sido un ser despreciable. Hubo un momento en el que quise ser uno más en este mundo de borregos, un borrego con las manos manchadas de sangre por haber decapitado a vuestros seres más queridos, el odio que no os deje dormir, el enviado del mal para haceros padecer el terror y la ira al mismo tiempo. El ser que no os queráis encontrar en una noche desolada.

Me encantaría contar al mundo todo lo que he hecho y todo lo que me queda por hacer. Mostrar a cada persona de este maldito mundo el genio que se oculta tras mi sombra, pero no me dejan, no ven normal mi arte, mi estilo, mi forma de ver la vida.

Soy el profeta de mi propio mundo e intentaré instigar a todo ser vivo que tenga ira y una mente bien amplia a seguir mis pasos. Sé que ese día llegará, cuando por fin mi ser perfecto esté creado y con él, la bendición de Dios-Demonio para poder abrir las puertas del infierno a la vez.

Hay momentos en los que me siento solo pero sé que no tengo que esperar nada de nadie, no habrá nadie más como yo. Pero hay una ilusión que me embriaga y es la de poder encontrar a alguien después de que vea mi bella obra, que sienta lo que yo cuando mato, esa sensación de dominar el momento, de ser capaz de lograr rasgar el alma con los dedos, esa sensación que tan sólo conozco yo.

«Un compañero de viaje hacia las puertas del cielo»

Hace ya bastante tiempo a las afueras de un campo de maíz, Billy y yo nos dedicábamos a cazar animales para comenzar con ellos nuestras primeras sádicas prácticas anatómicas. Todo iba bien, como una relación espontánea y natural entre amigos que con el paso del tiempo comenzó a convertirse en una utopía sangrienta con el objetivo de ver quien era más y más sádico.

Aún visualizo cómo su sangre bañaba mi cara, era tan tremendamente surrealista, lo maté a traición sin opción de poder defenderse ni lo más mínimo. Él era la única persona que se mantuvo a mi lado, no sé qué pasó por mi cabeza, pero sus entrañas alimentaron mi alma.

Recuerdo cuando aún era un niño y él me acompañaba a la granja mientras me repetía:

- No tengas miedo los viejos no te pegarán hoy.

Pero me daban otra paliza más, haciéndome la existencia cada vez más difícil. Realmente no sé si esa fue la razón que me llevó a matar a Billy. Culparle de que me mentía cada día, aunque sabía que lo hacía por mí.

Puede que sea la única persona de la que me arrepienta haber matado, porque a veces, tan sólo a veces lo echo de menos.

Empecé a cavar mientras el sol pasaba de colina en colina. Cuando fui a darme cuenta Billy ya estaba más que sepultado por la tierra que saqué de aquel agujero.

Años después de aquello volví a desenterrarlo, parecía que en aquel lugar nada había cambiado. Recuerdo como fue el viaje de vuelta con el cadáver en mi maletero, increíblemente volví con uno más, este aún con carne.

Mientras circulaba por un sendero poco concurrido un policía me paró y me obligó a bajarme sin ninguna razón, o eso creía yo.

Me pidió abrir el maletero, por lo que disimuladamente cogí un destornillador que tenía bajo mi asiento. Aproveché el camino hacia el maletero para incrustárselo en la nuca. El policía cayó como si hubiera sido alcanzado por una bala. Lo metí en el maletero y volví hacia el apartamento.

Llegué en óptimas condiciones aunque el maletero no podía decir lo mismo, la descomposición del cadáver del policía se fusionó con los huesos de Billy y lo que era aún más raro con la alfombra del maletero, no

tuve más opción que arrastrar la alfombra con los cadáveres hasta el interior del apartamento, pasando por el rellano. Interesante anécdota que nadie más que yo conocerá.

Tantas muertes son tan sólo eso, muertes sin más significado que el de mi mente. ¿Por qué parar? ¿Y por qué no seguir? Aunque siendo totalmente sincero la mayoría de las veces tuvieron un significado por pequeño que fuera.

Durante unos años estuve realizando una serie de repartos para una empresa de transportes, ganaba bastante dinero a la vez que dejaba alguna que otra vida por el camino, gracias aquel trabajo pude comprarme mi propio apartamento.

No era más que un bajo con vistas a una antigua fábrica, en ella los jóvenes fumaban mientras llenaban todo de porquería. Cerca del edificio había una maravillosa urbanización privada, Royal Street. Percibía aquel sitio como si siempre hubiese sido mi hogar, sentía como si ese lugar me llamase. Lo que más disfruté del apartamento era su cercanía al sótano, ese esperpéntico zulo se convirtió en mi segunda estancia. Estaban prácticamente conectados, mi puerta se situaba frente a ese maravilloso espacio, ojalá una escalera los hubiese conectado, recuerdo que vi muchos, sin embargo aquel me gustó por encima de los demás, pero más me gustó la vecina, que no era otra que Anastasia.

CAPÍTULO 2

ANASTASIA

Era sensiblemente erótica. Su pelo era rojizo, sus ojos de un verde floral, podía apreciar su aroma desde el sótano, no había nada que no me gustase. Parecía sentir atracción hasta a sus desechos, fue por aquello por lo que comencé a provocarle miedo.

Llegué en invierno, lo recuerdo porque hacía un frío que mis neuronas incluso hoy lo padecen. Se crearon conexiones nuevas aquel día y se quedarán para siempre.

Fue ese instante el que conmovió mi espina dorsal, haciéndome sentir un cosquilleo excitante que me recorría de arriba a abajo, su belleza se presentó frente a mi rostro pálido, puerta con puerta Anastasia se mostraba a mis gastados ojos. No mantuve el pulso normal ni un solo segundo. No supe expresarme ante un ser tan bello, quise quedar de manera que pensara en mí como alguien diferente, sin embargo quedé peor de lo que mi físico mostraba.

Una noche escuché como el agua caía por una pared de la casa. Comencé a picar una esquina de la habitación, cada golpe que daba me excitaba más, sentía que mi cuerpo sabía que en esa tubería había fluidos de mi ansiada Anastasia.

Instantes después llamaron a la puerta, quién sino que un vecino disgustado por los golpes. Dejé de mirar por la mirilla y cogí el pico, me acerqué a abrir con ganas de montar mi primer espectáculo en el edificio, sin embargo momentáneamente Anastasia abrió su puerta y se dirigió directamente al vecino insolente.

- Hola Max, perdónanos una tubería está picada y el vecino nuevo es fontanero.
- Está bien, pero dejadlo ya para mañana.

Max (el vecino insolente) se dio la vuelta y se fue.

La mirada de Anastasia se cruzó con la mía y antes de pronunciar palabra se fue mostrando una risa cómplice a medida que cerraba su puerta. ¿Qué entender con aquello? La realidad es que no pude explicármelo.

Volví a mi apartamento a disfrutar del agua turbia de aquella tubería. Los fluidos caían sobre mi haciéndome sentir especial, en mi cabeza me imaginaba estar disfrutando del cuerpo de Anastasia, ambos rozándonos y gozando en una orgía de sentimientos encontrados. Qué mejor regalo a la vida que una consumación más allá de lo prohibido, sin rechazos, sin mensajes entre líneas, solo pasión y sangre, sangre de mis labios al morder los suyos. Deseaba tanto su cuerpo que dejé de pensar más allá, solo había dos pensamientos en mi mente; ella y yo.

Los días pasaban mientras melodías románticas animaban el ambiente. Fue ahí cuando una voz resonó en la habitación, la busqué a ambos lados, pero no encontré de dónde procedía y lo que era aún más extraño no había ni rendijas, ni ventanas abiertas ¿De dónde venía aquella voz?

No era nítida por lo que no la entendía, los primeros días le presté atención pero finalmente la olvidé. Tenía a Anastasia tan adentro que me era imposible centrarme en otra cosa.

Pasados unos días escuché un ruido, me pareció que procedía del piso de Anastasia, por lo que

me levanté de la cama y me acerqué a su apartamento. Antes de tocar la puerta escuché unos gritos muy fuertes de una voz de hombre que no tenía nada que ver con la de Anastasia.

- ¡Eres una maldita guarra! ¡Esta es mi casa y haré en ella lo que me plazca! y si quiero pegarte ¡Lo haré! y tú, zorra, no podrás hacer nada para impedírmelo.
- Déjame vivir, no quiero que estés aquí, llamaré a la policía. Estás incumpliendo el orden de alejamiento.
- Llámala puta y te mataré.

Tras oír a ese mal nacido volví a mi apartamento y agarré el pico, salí con una fuerza desmedida, aporreé la puerta de su apartamento hasta que Anastasia me abrió, rápidamente me dirigí a aquel hombre desgarbado, mientras de fondo Anastasia me gritaba.

- Déjalo es un alcohólico no sabe que hace ¡No lo mates!

No le hice ni caso y le clavé el pico en una pierna, ¿Por qué fallé? ¿Por qué no se lo hincó en la cabeza? es simple, Anastasia me atacó para impedirlo. Ilógico, anecdótico y poco posible. La mujer que fui a defender y de la cual estaba tremendamente enamorado me atacó, sin ninguna razón más que la de salvarle la vida a ese malnacido.

Mi vida tras aquello giró de nuevo en una espiral sin sentido, tan sólo trajo dolor y caos a mi mundo. No recuerdo nada después de aquello. La última imagen en mi retina antes de despertarme en el hospital, era la de Anastasia cogiendo el hacha de incendios del pasillo y cortándome la mano. Gracias a Dios de alguna manera la inercia del pico fue suficiente para clavarse en la pierna de aquel mal nacido. Al menos mi mano no se perdió sin derramar sangre de otro.

Reconstruí cada una de las partes de mi vida antes de llegar a aquel lugar, supe que tras aquello nunca volvería a ser el mismo. Aprendí que jamás se me escapará una víctima viva, porque sería más duro para ella vivir mutilada que morir directamente tras el filo de mi cuchillo.

CAPÍTULO 3

EL CAMIÓN DE REPARTO

Quizá no fue el momento exacto, pero sí el punto de inflexión en que mi mente comenzó a tornar hacia el desconocimiento de una ira descontrolada.

Todo tiene el matiz de ser visto por diferentes ojos, diferentes formas de visionar la realidad. Sin embargo, hay visiones que son tremendamente terroríficas vistas desde cualquier perspectiva.

La vida es como un cuadro, en el que dibujamos buscando la forma y el color perfecto, para así terminar nuestra gran obra, que no puede ser de otra manera que con la muerte.

Cómo empezar transmitiendo mis emociones más oscuras, esas emociones que acontecían cada uno de los lugares en los que se derramaba la sangre que mi alma ansiaba. Difícilmente podré expresar por medio de palabras el lujurioso cúmulo de sensaciones que en la parte de atrás de aquel camión experimenté.

Todo comenzó por el agudo pitido de uno de mis oídos, era tan molesto que decidí parar en un área de descanso e intentar tomar un poco de aire. Esta se encontraba muy cerca del lugar de entrega del pedido, sin embargo, mi mente no podía mantener más la atención con tal ruido, por lo que decidí parar. Al bajarme, un hombre más bien pasado de kilos se dirigió a mí indicándome la posición de mi camión.

- ¿Es tuyo ese camión?
- Sí, ¿Hay algún problema? - contesté de forma tajante.
- Sí, está invadiendo la zona de repostaje y pronto llegará el tráiler.

Ni siquiera le volví a contestar, me di la vuelta y entré en la gasolinera dejándole con la palabra en la boca, parece que mi parsimonia comenzó a sentarle un tanto mal. Cuando me disponía a meter en la bolsa un par de cosas que había comprado (aspirinas y un refresco) el maldito gordo volvió en mi busca.

- ¡Eh tú! no te lo digo más, ¡Quita tu asqueroso camión de ahí o llamaré a la grúa!

Sin duda aquella palabra fue el detonante de tal catástrofe, nunca antes en mi corta vida una palabra me había sentado tan mal «asqueroso». Una simple y llana palabra sin más que un poco de menosprecio en sus letras, pero fue suficiente para despertar en mí la mayor de sus pesadillas.

Me metí en el camión y agarré el cúter que tenía para abrir los paquetes. Me dispuse a ir hacia él, pero entonces dos coches de patrulla entraron en la gasolinera impidiéndome acabar con la vida de aquel obeso. La frustración me invadió pero no tenía opción así que volví a montarme en el camión y me dirigí al lugar de entrega del pedido.

Tras aquello todo tornó de nuevo a la normalidad, entregué el pedido y tomé de nuevo dirección a casa. Después de unas 3 horas conduciendo, un profundo sueño empezó a hacerme cada vez más difícil poder seguir, así que paré en el primer motel de carretera que encontré. Desde lejos, o al menos desde donde comencé a verlo no tenía tan mala pinta, pero a medida que iba acercándome todo comenzó a convertirse en una auténtica caverna platónica en la que las sombras de los animales engañaban a las personas consiguiendo convivir con ellas.

Las puertas se caían a medida que el viento aumentaba de fuerza, en la piscina se podían ver cadáveres de ratas en total descomposición. Me limité a pagar, coger la llave de mi habitación e irme a dormir.

Recuerdo que hasta ese momento todo iba bien, al menos la cama no era del todo mala y cogí el sueño bastante rápido, pero no duró mucho. Una voz suave e incesante se inició en mi mente, poco

a poco se iba haciendo más fuerte, sin embargo no podía entender qué decía, hasta que me di cuenta, esa molesta voz eran los mal nacidos de la habitación de al lado.

Fui al camión para coger el cúter, dos destornilladores y un par de cuerdas, cogí esto básicamente porque era lo único que podía ayudarme a hacerles a esas personas lo que mi mente deseaba. Pensé durante varios minutos la forma de poder entrar en aquella habitación, optando finalmente por colarme por la ventana del baño.

Al entrar, vi a dos personas, ambas acostadas en la misma cama y todo en total silencio, empecé a pensar que tal vez llevaban mucho tiempo durmiendo, ya que cuando entré en mi habitación ya no se veía luz desde fuera, ¿Realmente mi mente había sido la responsable de todo aquello? Pero, ¿Por qué lo hacía? Me decidí a salir de allí por donde había entrado, al llegar al baño de nuevo, uno de los destornilladores se cayó, un suave ruido desequilibró el ambiente silencioso, no se despertó nadie, sin embargo mientras observaba si alguien se movía, me fijé en una de las personas que se encontraba en la cama.

No era otro que el gordo del área de descanso, la palabra «asqueroso» inundó mi mente y me llevó a una de las situaciones más sádicas que he creado.

No sé cómo expresar el lujurioso ambiente que podía sentirse en el tórrido aire de la habitación, pero sí sé expresar con palabras cómo crujían sus tripas al ser seccionadas por la punta de mi cúter.

Se escuchó un resquicio de voz en el fondo de su garganta, sonaba como si el demonio estuviera arrancándole el alma de cuajo.

La mujer de su lado abrió los ojos durante aproximadamente medio segundo, el tiempo que tardé en hincarle ambos destornilladores arrebatándole la vida para siempre.

En segundos, sendos cuerpos yacían sin vida en aquel motel de mala muerte. Salí de la habitación por donde había entrado sin problemas, sin levantar sospechas, como una sombra inexistente en el frío de la noche. Me monté en el camión y lo acerqué a la ventana del baño, por detrás del motel. Volví a entrar, cogí ambos cadáveres y los enrollé en las sábanas para meterlos en la parte de atrás del camión. Mis manos estaban totalmente bañadas en sangre, los empujaba una y otra vez pero se me escurrían, hasta que finalmente logré meterlos en el fondo. El camión tenía una cámara frigorífica para ciertos pedidos, así que decidí meterlos ahí.

No pensé en nada más que largarme de aquel motel de mala muerte y volver a casa. Durante el viaje tenía ataques de ira en los que tenía que parar el camión e ir a la parte de atrás, los golpeaba hasta que la sangre cubría totalmente mi rostro sin expresión. A veces pensaba por qué necesitaba hacer esas cosas, ¿Qué sentido tenían?, sin embargo acabé pensando que eran parte de mí, una forma de comportarse más allá de cualquiera ya existente.

Medité cada kilómetro de viaje pensando en qué hacer con aquellos dos cadáveres, centrándolo en que me haría sentir más excitado, hasta que finalmente di con la clave.

Sentía sus almas intentando arañar mi cabellera, sus uñas largas intentado robar mi aliento desde muy lejos, sin embargo no podían llevarme, desconocían que estaba protegido por alguien de más arriba. Supongo que algunos tenemos la misión de lograr cosas totalmente diferentes solamente por el método usado.

A dos kilómetros de la sede de la empresa paré en un descampado, saqué los cadáveres de la cabina frigorífica y los enterré entre dos bellos pinos. Sin duda aquella imagen, dos grandes zanjas y un sonido tan bello como el de la naturaleza decorando la escena, era digna de ser enmarcada. Dos vidas más que corrían a mi cuenta. Suponía que algún día esa protección divina acabaría, pero para cuando lo hiciese, yo ya habría terminado con todos los que me la dieron.

Estación Cactus Black o así se llamaba por aquel entonces. Fue allí donde limpié de sangre el camión y oculté los objetos que usé para matar a aquellas dos personas. Siempre tras ejecutar tales hechos, existía ese momento en el que el remordimiento iluminaba mi nublada mente, era ahí cuando me exculpaba dando una justificación del porqué de todo aquello, era tan bueno que era capaz de dar una razón sólida y de peso que me hiciera sentirme mejor.

Tras cinco horas de viaje entregué el camión y empecé la semana de vacaciones que tenía programada.

CAPÍTULO 4

ELIZABETH

Nos conocimos durante mi adolescencia, era una chica maravillosa, que sin esperar nada a cambio, siempre aportaba todo lo que podía, apenas hablamos durante meses, solo aquello que era necesario para realizar las tareas académicas. Podía ver su humildad en cada una de sus acciones, era una chica alta con los ojos claros, no era excesivamente guapa pero su sonrisa lo compensaba todo. No sabía cómo entablar una conversación con ella que no fuese sobre los ejercicios. Nunca fui muy extrovertido, pensé durante un largo tiempo que podía interesarle, cómo llegar hasta sus emociones sin embargo no me hizo falta, aquella chica se acercó a mí sin ninguna razón.

- ¡Hola! ¿Qué tal todo? – me preguntó con dulzura.
- Bien... ¿Qué tal tú? – contesté muy nervioso.
- Bien, gracias... ¡Oye!
- Dime...
- ¿Te apetecería venir esta tarde al lago?
- Claro, pero... ¿tú y yo? – pregunté totalmente sorprendido por aquella petición.
- ¿Necesitas a alguien más?
- No, claro que no, allí estaré.
- Perfecto a las 5 nos vemos ¿Te va bien?
- Sí, por su puesto, hasta las 5.

Nunca había ido al lago y lo que era aún peor no tenía bañador, en la granja apenas tenía nada, solo lo poco que mi padre me trajo. Aquellos ancianos nunca se preocuparon en darme algo más que de comer. Decidí comprarme un bañador, no tenía dinero, pero sabía dónde aquel viejo lo tenía guardado. Subí hasta su habitación, abrí su armario y saqué un botijo de cerámica, en él guardaba todos los ahorros que no declaraba. No quería parecer pobre, no era de mi interés parecer un simple adolescente sin ninguna virtud y cogí lo suficiente para un buen bañador.

Cuando llegué al centro comercial del pueblo, el reloj marcaba las 3:30 PM, tenía media hora para poder elegir uno que me gustase y sobre todo que estuviera al nivel de Elizabeth. Desde allí tardaría una hora hasta el lago, tenía claro que debía llegar puntual. Comencé a ver todos los modelos que había, sin embargo solo pude entrar en dos tiendas y tan sólo me quedaban diez minutos para poder elegir. A cinco minutos de salir me encontraba entre dos modelos, uno rojo con líneas azules y otro verde con círculos rosas.

Lancé una moneda al aire para que decidiese por mí. El rojo fue el elegido, pagué rápidamente y salí del centro a toda velocidad, eran las 4:15 PM y no llegaba a tiempo. Mientras corría por la mediana de la carretera, un coche comenzó a pitarme una y otra vez, acabé por darme la vuelta y ese coche paró, era negro, dentro un hombre joven, de unos 30 años, trajeado y con gafas de sol me hacía señas.

- ¡Hola chico! ¿Dónde vas?

- No le interesa – no iba a decírselo a un desconocido.
- ¡Mírame! - gritó mientras sacaba una placa de policía - mótate en el coche.
- Está bien.
- ¿Dónde vas chico? te aconsejo que me lo digas.
- Voy al lago.
- Sin problemas, te llevaré allí.

El camino hacia el lago, pasó en un instante, era increíble cómo un coche podía recorrer aquella distancia en tan pocos minutos. La conversación fue amena y rápida, intenté averiguar su nombre pero no podía ver la placa con claridad, John, Jack, no lo sé, sólo podía leer la primera letra. Aunque no entendí que pretendía, fuese lo que fuese al menos llegué a tiempo.

- Ten cuidado chico.
- Lo tendré. – contesté sin un atisbo de educación.

Allí estaba Elizabeth esperándome, llevaba un bonito bañador rosa ajustado, ese cuerpo era perfecto, al menos para mí. Apenas unos minutos después de llegar, mientras nos bañábamos en el lago, su padre llegó.

- ¿Qué coño haces con ese? ¿No te hemos dicho que no te acerques a él?
- Pero papá, es mi amigo...
- ¡Me da igual!
- Mótate en el coche, ¡Vámonos!

No la volví a ver fuera de la escuela, mi último recuerdo de aquel día fue su cuerpo mojado, al fondo un cartel en blanco, Lago Merrous.

Mientras mi vida se desarrollaba en aquella granja, no tenía a nadie que me acompañase, hasta que meses después, Elizabeth se saltó las normas de sus padres y apareció en la granja.

No cruzamos palabra, sus ojos conectaron con los míos, sentía electricidad al cruzar las miradas, sin prisas, sin presiones, su ropa cayó sobre mis manos deseosas de tocar lo que había más allá, la pasión nos embaucó y el placer nos culminó, momentos almacenados en mis recuerdos hasta el final de los tiempos. Qué paradójico el hecho de que algo que ocurre en tan sólo una noche es recordado durante toda la vida.

Los años fueron pasando y la adicción recíproca comenzó a aumentar estrepitosamente, paso a paso nuestros lazos se fueron haciendo cada vez más fuertes. Pero todo en esta vida tiene una cruz, una razón para intentar tumbar todo lo bueno y dejarte solo ante la escoria colectiva que inunda este mundo, esa razón fueron sus padres, estos de alguna manera querían alejarla de mí, ni siquiera recuerdo cual fue la razón exacta, pero la cuestión es que no iban a parar hasta acabar con nuestra relación.

Capítulo a capítulo la historia del final de nuestra relación iba sucediendo, como ya he dicho antes, nunca supe cuál fue la razón exacta aunque supongo que fue un compendio de muchas razones para ellos.

Todo comenzó a diluirse desde que Elizabeth se quedó embarazada, no fue buscado pero se produjo. Digamos que desde ahí el asedio continuó y acabó por permitir la entrada de los enemigos a mi refugio. Me lo tomé como la guerra, una invasión de mis territorios y como buen soldado me encargué de luchar por los míos. Fui directamente a por el detonante de todo mi caos con la intención de arrancar de raíz el problema.

Supongo que la sensación de sentirme perdido, viviendo entre seres reales y no en una novela de terror es lo que me alejaba de vivir, de vivir mi vida como Dios hubiera querido que la viviera. Parece ser que he estado destinado a funciones que no elegí, pero que debo de alguna

manera de dar las gracias por al menos existir. Dios me dio la oportunidad de sembrar aunque fuera el terror, es sembrar algo real y no imaginario, porque un hombre puede soñar y soñar hasta que se da cuenta que las pesadillas también son sueños.

Reflexiones entre mi mente y el escenario que se reflejaba sobre el sol de la mañana.

Cómo explicar el hecho de ver como todo se derrumba ante tus ojos y la muerte acompaña tu caminar, sin más parón que el de los semáforos que guían el camino al infierno. La sangre cubría mis manos y mi rostro, mientras Elizabeth gritaba sin que en mis oídos sonara más que la melodía de un piano suave.

Junto a ese sonido envolvente, se escuchaba un suave bombo en la parte de atrás de mi Cadillac, ese ruido no era otro que el de Elizabeth golpeando el maletero, parece que no le hacía gracia estar en aquel lugar, pero, ¿Qué importaba? Pronto acabaría esa tortura para ella, aunque pensándolo mejor, con sus padres ya eran tres personas en un escueto maletero es normal que estuviera incómoda.

Muerte tras muerte mi historial asesino iba aumentando más rápido que cualquiera a lo largo de la historia. Conduje unos 20 kilómetros al norte, me gustaba aquella zona, la gran cantidad de bosque que presentaba y sus numerosos lagos profundos, aunque había uno que me gustaba en especial, el lago Merrous, sin embargo cuando estábamos llegando, a unos metros del arcén de la carretera un hombre desgarbado caminaba en la misma dirección y me paré, el porqué no lo sé. Le dije que si lo llevaba y él asintió con la cabeza.

Fueron unos 20 minutos de conversación agradable hasta que los gritos de Elizabeth dieron un giro a toda la conversación.

- No puedes matarla - afirmó sin titubeos
- ¿Por qué? – pregunté con asombro.
- Es parte del plan.

Paré el coche, quería echarlo, golpearlo y hacerme un traje con su piel, pero sin razón aparente, esa ira se desprendió de mí. Mis manos y mis pies no respondían a mis impulsos, mi ser se desactivó y alguien ocupó mi lugar. Abrí el maletero, él la cogió con sus brazos y sin articular palabra se marchó. Todo sucedió muy deprisa, sin llegar a ser consciente de lo que pasó.

Di la vuelta y me dirigí al lago Merrous, hundí los cadáveres de sus padres atados a dos mazacotes de piedra. Mientras se hundían, una luz incesante, parpadeaba al fondo, un gran cartel iluminada todo.

«Centro Psiquiátrico Merrous Place»

Me quedé fijamente mirando ese cartel, mientras mi cabeza intentaba responder preguntas de lo que había sucedido.

¿Quién era aquel hombre? ¿Por qué hice lo que me dijo? no tenía respuesta para esas dos preguntas. Todo fue tan sencillo y claro como lo he explicado, de alguna manera me sentía confuso porque parecía que no manejaba mi propio cuerpo y mucho menos mis propias decisiones.

El hecho de que alguien exterior a mí tratase un tema de asesinatos y raptos con más naturalidad que yo mismo, me obnubilaba. Su mirada en esos instantes estimulaba las fibras de la abstracción mental dejándome desnudo ante el terror. El punto de inflexión estaba presente en ese instante ¿Qué no estaba dentro del plan? ¿Qué plan? ¿Todo eso era una prueba, acaso soy solo un experimento? ¿Soy un asesino enfermo o solo una vía para los seres oscuros de este mundo?

A partir de aquel día, mi mente se llenó de preguntas y comencé a pensar que tal vez lo que hacía no era totalmente lo que quería, pensaba que había algo más, algo que me guiaba en mis terroríficos actos.

CAPÍTULO 5

CONFUSIÓN

¿Qué pasaría si alguien del más allá encomendara a una persona la misión de ser el ejecutor de sus decisiones?

Puede que ese odio y ese miedo de mi interior no fueran por pura casualidad, puede que no es que yo fuera de esa manera, sino que yo era el elegido para esa misión.

Preguntas atroces en mi mente que se iban alimentando una y otra vez por aquella voz. Esa misma que comencé a escuchar en mi apartamento, pero esta vez sonaba tan nítida y tan alta que no diferenciaba la realidad de mi mundo interior.

Aquella voz me contaba una historia interesante y muy creativa que no me creí en un principio pero que con el paso de los días la acabé convirtiendo en parte de mi filosofía. Aunque me dijo algo más, no sólo lo que debía de hacer, sino que, de forma inconsciente todos mis actos fueron realizados bajo su celestial mando.

La sangre caía sobre mis rodillas, mi mano yacía cerrada, contraída, sola, sin un brazo al cual servir...

Un hilo de venganza encendió la mecha con la que me encargaría de quemar todo lo que entró en juego aquella noche.

Podía oler el perfume de la venganza apoderándose de mis emociones, cargándolas de balas de plata al rojo vivo. Sin embargo la situación no era la idónea, estaba perdiendo mucha sangre y acabé por desplomarme sobre el suelo.

Lo primero que recuerdo fue un fondo blanco acompañado del aullar del viento esgrimiendo su fuerza sobre las ventanas que se encontraban en la pared del fondo. Un fuerte vendaje recubría mi maltrecho brazo, se podía apreciar el muñón que me quedaría de por vida.

Cada segundo que pasaba en aquella habitación, era más consciente de las limitaciones que esto iba a suponerme y en el mismo pensamiento el odio me recordaba a la culpable de ello. Fue ahí cuando la voz que comenzó a oírse en el apartamento se hizo aún más real. Ella y yo, una yuxtaposición perfecta.

Las paredes de la habitación funcionaban como resonador de esa voz, que tan sólo repetía una frase, sin cese, la misma frase durante semanas, esas 5 palabras se convirtieron en una misión para mí, sólo quería averiguar cómo podría cumplirla.

«Abrirás las puertas del infierno»

El tiempo giraba en espiral continuo hacia un final no muy claro, como es lógico todo se tornaba de oscuridad cuando yo estaba involucrado. Una mañana ya de los últimos días de mi estancia en el hospital, un hombre trajeado accedió a mi habitación.

- Vas a ir a la cárcel.
- ¿Por qué? – pregunté totalmente desconcertado.
- Aquel hombre era muy importante para nuestra organización
- ¿Qué organización?
- A la que tú perteneces.

Se dio la vuelta y se fue, intenté correr detrás de él, pero se esfumó. ¿A qué hombre se refería? pregunta simple para mi mente, al maltratador de Anastasia.

¿Qué era lo que me estaba perdiendo? mi mente me jugaba malas pasadas, me hacía imaginar palabras, escenas inexistentes, tal vez sería el fuerte sedante o tal vez no. ¿Querían quitarme de en medio? sabían que iría a por él con todas mis fuerzas.

No fue la medicación, no fue mi mente enferma, fue un juez quien cumplió mi difusa visión. Prisión preventiva decían. Aquel puto alcohólico me denunció y la maldita Anastasia me culpó.

Esa época estaba borrosa, no recuerdo apenas qué ocurrió. Tras salir del hospital llegué a dudar si alguna vez salí de allí. Todo pasó muy deprisa y cuando fui a darme cuenta ya estaba en prisión. El lugar era inhóspito, cada noche un cartel luminoso parpadeaba incesante sobre mi ventana, me era imposible poder dormir.

El tiempo tormentoso me auguraba buenas noticias en prisión, surrealista estar entre rejas por algo que no llegué a hacer, y sin embargo no ser juzgado por lo que verdaderamente sí llegué a hacer. Tantas masacres cargadas en mi mochila, ilusiones y sueños arrancados de raíz por la ira de mi ser. Oscuro camino entre celdas, pasillos habitados por seres despiadados, criaturas en formación espiritual, miedo ambiental en el lugar.

Tuve claro desde el principio que ese par de barrotes serían mi mayor compañía en varios meses, gente muy poderosa del exterior me contenía allí, evitando que acabara con la vida de aquel tipo, pero ¿Cuál es el porqué de no acusarme de mis verdaderos hechos? estaba seguro de

que los conocían. Me investigaron, estuvieron en mi piso, en el sótano, lo sabían todo.

Las primeras semanas en aquel lugar, nada pude sacar en claro, no me relacioné con nadie ni tuve ningún tipo de pensamiento deseoso o vengativo. Sentía por momentos estar en paz conmigo mismo, hasta que durante el recorrido rutinario del comedor se despertó en mí de nuevo esa cólera incombustible. Me contuve, al menos por una vez.

Cada noche apoyaba mi cabeza sobre la almohada esperando que antes de dormirme esa voz resonara sobre mis pensamientos haciéndome desear que condenase vidas, pero no estaba allí, ya no me hablaba, era como si allí dentro se cortaran las comunicaciones.

Con el paso del tiempo mi mente comenzó a maquinarse y entrelazar pensamientos haciéndome creer que nunca realicé aquellos actos por placer y que esa voz estuvo desde el principio siendo la única responsable de todos mis macabros hechos. Pero si estuvo desde el principio, ¿Por qué no la oí?

Todo tiene un fin, ya sea más tarde o más temprano todo acaba llegando. Mi tranquilidad se acabó y el silencio de mis plácidas noches desapareció. Entre sueño y sueño una suave voz me susurraba al oído...

«Es el momento de que vuelvas a creer en mí»

Me levanté rápidamente y al fondo de la celda podía ver una especie de sombra alargada, me pareció extraño pensé que sería una sombra de algún objeto de fuera ya que antes nunca me fijé, pero curiosamente la voz fue desprendiéndose poco a poco de mis oídos alejándose hacia esa esquina de la celda. ¿Era aquella sombra la representación de la voz? ¿Era eso posible? unas preguntas que se quedaron totalmente escuetas a medida que los días seguían pasando en esa infernal celda.

Recuerdo como si estuviera pasando ahora mismo el día que me visitó mi abogado de oficio. Fue después de la aparición de la famosa sombra. Mientras estaba esperando ante aquel cristal, apareció, con un traje reluciente y un pelo engominado hacia atrás, recuerdo aquella corbata color sangre y esa mirada capaz de atravesar una pared de hormigón.

No pude articular palabra antes de que soltara aquella frase tan increíble sobre mí.

- Si quieres salir de aquí, tan sólo debes hacer caso a la voz que hay en ti. Tú abrirás las puertas del infierno.

Tras aquella frase, se levantó y al darse la vuelta, me vino a la cabeza ese momento, en aquella carretera, aquel hombre al que le entregué a Elizabeth, ¿Era el mismo? al menos lo parecía...

Mientras andaba hacia la puerta no pude quitarle ojo y fue en ese momento cuando por un segundo dejé de verlo humano. Me estremecí hasta niveles insospechados, su cabeza se alargó y de ella sobresalían dos tumores en forma de cuernos, pero eso no era todo, se tornó de un color rojizo mientras alargaba dos alas negras que se proyectaban sobre su espalda. Caí de la silla y desesperado me dirigí a los otros presos.

- ¿¡Lo habéis visto!? ¿¡Qué era eso!?

Como era previsible, nadie había visto nada salvo yo. Aquella noche fue una de las peores de mi pésima existencia, me aterrorizaba volver a escuchar esa voz. Pero el tiempo fue pasando y todo alcanzó una cierta tranquilidad.

6 meses después de haber entrado en aquella cárcel comencé a relacionarme, supongo que la pérdida de mi habilidad para escuchar esa voz me empezó a volver más humano, sin embargo ese contacto social se produjo con aquella voz como medio.

Su rostro mostraba el sufrimiento de los años en este antro, llevaba fijándome en él varias semanas, supongo que en ese tiempo intentó dirigirme la palabra pero no se vio capaz hasta aquella tarde en el patio. Con los ojos bien abiertos me miró.

- ¿Tú también lo notas? ¿Sientes su presencia no?
- ¿Qué presencia? ¿De qué hablas?
- La de ese ser que nos atormenta por las noches, con esa voz penetrante que retumba sobre la celda. – Contestó con una expresión de terror en su rostro.
- ¿Cómo sabes eso? – pregunté sintiendo que podía no ser el único.
- Es sencillo yo también estoy aquí por lo mismo, sé notar quiénes son como yo.
- ¿Cómo tú? ¿Qué somos? – pregunté, esperaba que supiera más de lo que yo sabía.
- Enviados del demonio a cumplir sus deseos en la tierra.
- ¿Quién te ha dicho eso? - ¿Por qué sabía más que yo? pensé.
- El ser que hay dentro de nosotros...

La energía negativa se acumulaba en mi esófago, haciéndome un polo negativo condenado a hundirme en un mundo que no elegí. Cada segundo que pasaba cerca de ese preso, mi ser se corrompía como un cadáver en un río dulce. Las conversaciones se sucedían como el día y la noche mientras mis pesadillas aumentaban.

La sombra se formaba hasta dar lugar a rostros a veces conocidos y a veces no, la paranoia me

volvía cada vez más un mártir de mis pensamientos, mientras esa sombra me hacía peticiones ¿Cómo llamarla ya? a veces voz, a veces sombra, a veces ser.

Corrompido por esa sombra, mi celda se convirtió en mi infierno y en el brazo ejecutor de mis obsesiones. Sus palabras entraban en mi mente como mandamientos impulsados por un cincel y un martillo. Fue abusando de mi confianza hasta que pasó a dominarme.

Y finalmente, llegó el día en el que me ordenó acabar con aquel preso. George era su nombre, condenado a vivir hasta su muerte en esta cárcel por desatender sus órdenes, pero antes quería respuestas a algunas de mis dudas. Esa noche comencé a hacerle preguntas, como ¿Cuál era mi función y porqué George dejaba de ser útil para nosotros? en dicha conversación me contó lo suficiente para hacerme creer que era lo correcto.

- ¿Por qué siempre creí que mis actos se basaban en una satisfacción personal y no en una misión?
- Siempre estuve presente en cada uno de tus actos, habitando en ti, ordenándote y manejándote a mi antojo, sin embargo no hubo conexión hasta tu primera muerte.

No hubo más respuestas. Ni más tiempo.

El metal de mis esposas marcaba el ritmo de mis pasos acercándome a George por la espalda, poco duró dicho sonido. Segundos después lo agarré del cuello y no lo solté hasta que lo asfixié, al caer al suelo un pequeño cuaderno se escapó de su bolsillo, estaba doblado sobre una página. George se dirigió a mí en esa página o al menos eso pensaba yo.

«Te está engañando, pronto descubrirás que nada de esto es como dice ser, la sangre derramada nunca volverá a correr en un cuerpo. Con tu ayuda conseguirá alcanzar su objetivo, el fin para todos»

Había mucho más escrito en aquel cuaderno, pero no quería saberlo, desdoblé la hoja y lo dejé encima de su mesa. Todo acontecía la llegada de un mal presagio, pero ya no había vuelta atrás. Yo también sentía el final sobre mí, pero no tenía opción, ese ser habitaba en lo más profundo de mis decisiones. Desde el día que nací hasta hoy he sido condenado a no poder decidir qué hacer o qué no, el miedo fue tal vez la razón por la que se apoderó de mí y me hizo un ser sin vida propia. Nadie me acusó de la muerte de George, ni si quiera oí hablar nada más sobre él, el cadáver desapareció de allí sin ninguna explicación. Cuando me levanté al día siguiente no había ni rastro.

Golpeaba mi cabeza con las esquinas de la celda, mientras aquel puto letrero iluminaba una de las esquinas, se podían leer algunas letras «Psi» y algo más que no lograba descifrar.

Progresivamente me volvía más loco, mordía mi muñón provocándome una brecha y usaba la sangre para escribir mis vivencias en las paredes de mi celda. A cada paso del reloj el ser y yo nos hacíamos más íntimos, poco a poco comenzamos a asemejar ideas, a no parecer tan distintos.

Fue a partir de este punto cuando todo comenzó a mejorar, tras 8 meses encerrado en aquella jaula todo acabó. Pasada la hora de comer un guardia se acercó a mi celda y me dijo;

- Eres libre, coge tus cosas.

No dije nada, simplemente salí de allí lo más rápido posible. Nunca olvidaré el nombre de aquel guardia, Sr Carter, Matthew Carter, gracias.

Los primeros pasos fuera de aquel lugar los sentí solitarios, como habían sido todos los años de mi vida, pero algo rondaba mi cabeza, el porqué entré en la cárcel. Cargado con mi maleta, me decidí a ir como una exhalación hacia mi apartamento con el fin de poder encontrar a Anastasia y obtener toda la información.

Al llegar al edificio todo estaba totalmente abandonado, nada tenía que ver con la expresión de vida que en él se plasmaba antes de mi penitencia. Las paredes se caían a cachos, la humedad se

convirtió en el primer habitante. Era como si hubiera pasado mucho más tiempo del que realmente pasó. Parecía que hacía muchos años que el edificio estaba deshabitado, sin duda otro aspecto extraño más a la gran lista que se había ido escribiendo en mi mente con el paso de los años. Sin un solo ápice de duda el momento más duro fue mirar el muñón que hacía de mano, la sensación de falta de esperanza entrando en la oscura vida de un asesino condicionado.

En ese momento, comprendí la sensación de las familias que habían perdido a sus seres queridos a manos de asesinos como yo. Entendí que todo lo que hice había tenido un fin. El vacío del edificio proyectaba un eco, grité y grité hasta que se convirtió en risa histérica y posteriormente en un llanto esporádico.

Fue ahí cuando la sombra me abrió sus pensamientos más oscuros, los deseos más importantes que tan sólo yo podía cumplir. El porqué de mis actos y cuál era mi misión fue lo que más alimentó mi alma. Se notaba que sabía embaucar a una persona y sacar de ella todo lo que quería. No había mejor lugar donde oír con intensidad cada uno de sus mandamientos que en aquel sótano.

CAPÍTULO 6

EL SÓTANO DE LOS MIEMBROS

Aquel lugar era único sin duda, era mucho más que eso, en él se podían respirar recuerdos, emociones, dolor, era como si de alguna manera aquel sótano ya supiera lo que iba a pasar dentro de él o simplemente ya hubiera pasado.

Los rincones eran ocupados por la oscuridad mientras que el suelo se cubría de suciedad. Tan sólo me dio tiempo a observarlo durante unos segundos, fue entonces cuando empecé a oír voces, no aquella voz siniestra, sino personas, muchas personas, gritando, llorando, empecé a sentir calor, apenas podía respirar.

Se hizo el silencio en mi cabeza, mientras veía aparecer más personas a mi alrededor, me miraban, me hablaban pero ya no oía nada. Todo se oscureció y un fuego enorme surgió sobre mis pies. Todas aquellas personas comenzaron a quemarse, se retorcían mientras su piel se convertía en tiras de chicle que caían sobre el suelo. Otros a los que el fuego aún no había alcanzado, se abrazaban mientras intentaban sobrevivir un minuto más.

En el más absoluto silencio, noté una mano que se posaba sobre mi hombro y de nuevo le volví a oír.

- Todo esto es por ti.
- ¿Qué quieres decir?
- Todo este sufrimiento, toda esta angustia que puedes llegar a oler es un regalo, es tuyo, úsalo.
- No entiendo qué quieres decir, no necesito ver a gente quemarse para tener motivación...
- Necesitabas un lugar para llevar a cabo tu trabajo, yo te he conseguido uno donde tan sólo estás tú. ¿No te parece bien?
- Me parece bien... - contesté asustado.

Aquellos brotes de violencia, aquella sed de sangre y venganza no eran propias. Como el sonido de un búho a media noche recordándote que está ahí aunque no lo veas, esa voz volvió de entre la oscuridad y me llamó.

- Ven aquí, acércate.
- Voy –dije mientras tembloroso, andaba hacia el eco de su voz.

Me llevó hasta una esquina del sótano, en ella había una puerta, aunque parecía pintada.

- Ábrela –dijo sin dudar.

Tiré de aquella puerta hacia fuera. Todo estaba oscuro, pero al momento, una tenue luz blanca se encendió y luego otra y otra, se podía apreciar un pasillo enorme hacia adelante. Aquello parecía inmenso, no se podía ver el final. A ambos lados del pasillo había puertas, aproximadamente a cada metro y medio había otra, así hasta donde podía llegar mi vista.

Me acerqué a una de esas puertas, tiré de ella y la abrí. De nuevo una luz tenue la iluminó, era una cámara frigorífica, de hecho todas aquellas puertas eran cámaras frigoríficas. Todo aquello era muy extraño, era evidente que no podía haber algo tan grande tras aquella puerta.

- Esta puerta te lleva a un lugar único, un lugar donde todo se puede conservar hasta el fin de los tiempos, todo es infinito y atemporal, mientras estés aquí nada pasa ahí fuera.
- ¿Pero cómo es posible? – pregunté desconcertado.
- ¿Es más posible oír una voz que te guía o que exista algo como esto?

Callé ante tal pregunta, estaba claro que nada tenía respuesta, no solo aquella habitación. Era evidente su función, no existía tal cantidad de salas frigoríficas por un simple hecho estético, sino que estaban diseñadas estratégicamente para algo. No tardé mucho en reaccionar.

Subí a mi antiguo apartamento. Todo el exterior estaba totalmente quemado, mis cosas ya no estaban, mi primer cuaderno en el que escribí muchas de mis vivencias desapareció y con él, el único recuerdo que tenía de mi padre, una foto.

Tan sólo quedaban restos de los cadáveres que allí estuvieron. Podía apreciar los cráneos y fémures que habían resistido la intensa temperatura del fuego, todo parecía que hacía años que estaba allí, muchas veces mis pensamientos chocaban con lo que allí me encontraba.

Salí de nuevo del apartamento, levanté la vista y vi el piso de Anastasia. Los pensamientos de lo que pasó aquella noche volvieron a mi mente. Cogí una viga de madera que había en el suelo y golpeé una y otra vez la puerta con el objetivo de tirarla abajo.

Después de muchos golpes aquella puerta cayó. Entré temeroso de lo que allí me iba a encontrar. Era cierto que el incendio no llegó más abajo de la primera planta, sin embargo no sabía qué podía haber allí.

Dicen que Dios está para ayudarnos pero a mí nunca me escuchó, tampoco tuvo piedad con los pobres fieles de los pisos superiores mientras el fuego los quemó vivos.

No quedaba nada, aquel apartamento parecía que estaba deshabitado de hacía años, pero tan sólo habían pasado 8 meses desde que allí vivía Anastasia y su maldito novio ¿Dónde estás? Preguntaba en voz alta mientras golpeaba las paredes. Una y otra vez gritaba con más fuerza su nombre, pero no obtenía respuesta. Lejos de aquel lugar y más allá de mi mente se escondía aquella mujer, esa que me robó mi mano y me dejó un muñón de regalo.

CAPITULO 7

MI PADRE

Nací muy cerca de la gran ciudad a unos 23 kilómetros al norte, en un pueblo inhóspito llamado Royal Grown State. Muchos lo conocían por sus extensos campos de maíz y su peculiar olor a tierra húmeda. La mayoría de las casas era viejas al igual que sus dueños, aquel lugar no destacaba por su belleza, no había ni un ápice de color, cada esquina era oscura y solitaria, los tonos grises bañaban el pueblo. Desde que tengo conciencia siempre he notado que todos me veían como alguien enfermo de alguna manera, sin embargo nunca supe el motivo hasta que me lo contaron.

Fue antes de que alcanzara la conciencia propia, antes de que ni siquiera una célula de mi cuerpo estuviese formada. Mi padre era alguien despreciable del que nadie hablaba bien, un borracho indigno, totalmente inservible y sin ninguna virtud. Un hombre bastante famoso por sus constantes historias sobre ovnis y chorradas del estilo. Se dedicaba a emborracharse y pasearse por los campos de maíz para después hablar de que allí había visto cosas, cosas que no eran de este mundo.

Una vez llegó a contar que una noche al salir a echar de comer a los perros, oyó un fuerte estruendo detrás de los campos, como si hubiese aterrizado una nave, por lo que decidió ir a mirar, sin duda lo que vio fue su mayor historia jamás contada. Según él, encontró un túnel subterráneo en el suelo, decidió asomarse y lo que vieron sus ojos no tenía pérdida. El infierno, dijo ver, aquel mundo se encontraba debajo del suelo, llegó a esa conclusión porque de él salió un demonio, grande con alas negras y cuerpo rojizo, lo miró de forma penetrante y le dijo:

- Tú has sido el único valiente de acercarte hasta aquí, por eso yo te haré un regalo que no podrás rechazar, aunque no sabrás si ese regalo será una bendición o una maldición.

Instantes después, un rayo se abalanzó sobre aquel demonio introduciéndole de nuevo en el agujero y haciendo desaparecer el túnel bajo un gran cráter.

Esa historia fue la que le convirtió en el hazmerreír de todo el pueblo, ya que se dedicó a narrarla a todos los habitantes y cómo no, magnificándola aún más. Un tiempo después de aquello, desapareció sin dejar rastro. Mi madre nunca supo donde estuvo.

Durante los siguientes meses después de su vuelta, mi padre fue cambiando, volviéndose más reservado dejando la bebida a un lado y haciéndose cada vez más responsable. Hecho que llamó mucho la atención de mi madre, lo vio en varias ocasiones escribiendo en varios cuadernos que tenía, siempre le preguntaba qué era lo que escribía, pero él nunca lo dijo. Años después, en mi séptimo cumpleaños encontré uno de ellos, recuerdo que estaba entre dos tablas de madera del suelo. Al principio no entendí que quería decir, era demasiado niño, pero con los años acabé por entenderlo.

Narraba una historia sobre un demonio y él, una especie de relación entre ambos, algo extraña. Según lo que él había escrito tuvo que hacerle un favor.

En el cuaderno decía:

Me encontré en el lugar y en el momento equivocado, tuve que asumir una responsabilidad y un peso que nunca quise soportar. Supongo que una vida de pecado, de abusos y de falta de valores fue la condena que me llevó aquí. Sin ganas de vivir, esperando a un hijo que ha engendrado el demonio, solo puedo soportar el dolor y seguir rezando para que el día que mi hijo nazca, sea como todos nosotros. Cumpliré todas las pautas del Sr Carpenter y esperaré que solo sea yo el afectado por esta maldición. ¿Qué es lo que él quiere de mi hijo? ¿Por qué lo necesitará algún día?, ¿Por qué me acecha entre sombras con esa voz tan grave?

Seguramente ese sea el párrafo más destacado de aquel cuaderno, aunque finalmente no termina de aclarar nada que yo ya no sepa, en ese momento aún no sabía cuál era mi verdadera misión ni cómo acabaría la historia.

Esas bellas palabras, fueron alucinaciones de algo que realmente nunca haría, nunca se preocuparía de esa manera, nunca pondría su vida por delante de la mía y simplemente seguiría destruyendo mi vida y la de mi madre.

Los siguientes recuerdos los tengo borrosos, oscuros tras unas gafas de sol, derruidas por los fuertes rayos ultravioletas, falta de amor, de esencia y de esperanza. Entre mazorcas de maíz vagaba el alma del que un día sería un gran asesino, fraguándose el asesinato de Billy aparte de muchos más que llegarían con el tiempo.

Cuando cumplí 11 años, tras la desaparición misteriosa de mi madre, mi padre me abandonó con unos ancianos en una granja no muy lejos de donde él vivía. Tenía que pasar todos los días por allí para ir al bar, lo veía como cruzaba por la granja esperando que un día parase para verme, esperando una caricia, un ápice de amor, algo de ese sentimiento, fue muy duro. A pesar del monstruo que hoy soy, un día tuve sentimientos y soñé con estar con mi padre y con mi madre juntos, siendo felices, quien sabe tal vez también me hubiera encantado tener un hermano, una familia de verdad y estar cerca de ser feliz en algún momento. Sin embargo eso nunca pasó, todo ello sirvió para alimentar esa ira que residía en mí, esa misma que me hizo matar a Billy y enterrarlo en aquella granja entre mazorcas de maíz. Recuerdo a la policía pasar por la granja varias veces buscando pruebas de la desaparición de Billy, pero nunca lograron averiguar nada. Mi estancia allí puede resumirse en miles de situaciones silenciosas de vida, de alma y de fe. Una gran celda de barrotes finos en los cuales cortarse y sangrar era fácil, donde no había cavidad para el amor y los sentimientos. En aquel granero se creó un demonio, un ser que por la soledad y el miedo se engendró así mismo.

Aquellos ancianos no recordaban mi nombre e incluso había veces que no recordaban ni darme de comer. En aquel plato de metal parecido al comedero de un perro, solían darme comida pasada de fecha y falta de nutrientes, puede que de ello sea fruto mi piel débil y mis labios mal formados.

Me fui haciendo más mayor y aquellos ancianos más viejos. Mi fuerza y mi maldad aumentaron progresivamente, lo que me llevó a convertir aquella granja en un buen lugar para enterrar dos cadáveres que a nadie le importaban. La imagen de aquellas dos personas que tan mal me lo habían hecho pasar yaciendo en aquellos dos agujeros me hizo pensar lo efímera y sencilla que es la vida, vivir y morir, no hay nada más que eso.

Era medianoche, el suave sonido de las mazorcas de maíz al golpearse por el viento era lo único que se oía. Abrí los ojos, una sombra en forma de tridente se proyectaba sobre la paja del suelo. Fue como una llamada. Anduve hacia ella, levanté la mirada y vi la horca de paja.

A escasos metros de la casa, el peso de la horca empezó a hacer mella en mis brazos, pero nada

iba a pararme ya. Di varias patadas hasta que la puerta se abrió, un segundo después aquel maldito viejo empezó a gritar.

- ¿Quién anda ahí? – mientras se escuchaba cargar un arma.

Me esperaba al fondo de la escalera, podía verlo mientras subía escalón a escalón con aquella horca sobre mis brazos. Torpemente intentaba colocar los cartuchos de la escopeta, pero no le quedaba tiempo. Le atravesé el pecho varias veces hasta que dejé de notar su aliento. Lo llevé arrastrado por los ganchos de la horca hasta el dormitorio, ahí me esperaba su mujer. Apenas podía moverse, ni siquiera tuvo tiempo de salir de la cama. Desenganché al viejo de la horca, sus tripas se desparramaron por el suelo, ella gritaba aterrorizada.

- ¡Por favor! ¡Por favor no! – mientras su voz se apagaba para siempre.

- ¡Es hora de partir! – Gritaba a la vez que la sangre de la horca caía sobre mis brazos.

Su cabeza se abrió en varios trozos, no pude llevármela entera, partes de su cerebro se quedaron en aquella habitación. Cogí ambos cuerpos de una pierna y los arrastré por las escaleras mientras botaban en cada peldaño. El resto es historia.

Tras unos años escondido en la granja, un coche llegó. No podía ver bien quien se bajaba de él. Me levanté, me acerqué y fue ahí cuando le vi, mi padre, después de tanto tiempo ¿Qué hacía aquí?, ¿Quería acaso hacer las paces? ¿Quería que estuviéramos juntos?

Entonces al rebobinar de nuevo una y otra vez mis recuerdos, me fijé en algo. Una persona tras él, con un traje oscuro y el pelo hacia atrás... Era él, la voz, el abogado, el hombre que andaba por el arcén, tenía razón, siempre estuvo ahí, pero yo nunca lo vi. Aquel ser siempre había estado ahí. Vigilándome, ayudándome a subsistir, alejándome de lo peligroso. Realmente creo que también me guio incluso cuando aún no sabía que existía, me concienció de que mi padre sólo podía dañarme, que me acordara de todo lo que ya había vivido, de los malos momentos, de las palizas, de los innumerables amargos recuerdos.

Se acercó a mí con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos. Fue a abrazarme pero no pude, no pude perdonarle, no pude decir adiós al pasado, sólo pude decirle adiós a él. Lo golpeé una y otra vez con mis puños hasta que me quedé sin fuerzas, las lágrimas empañaban mis ojos mientras su sangre bañaba el suelo. Vino para entregarse a su condena. Lo arrastré hasta una cabaña derruida de la granja y lo dejé ahí tirado. La sangre se fusionaba con la tierra creando una silueta parecida a un cuadro cubista, sus manos inertes rozaban con el suelo, sus piernas como alambres de espino yacían sin fe como arrastradas por la marea de un océano de dolor.

La cabaña de la granja tenía un subsuelo en el que gozaban de un gran privilegio las ratas, era su propia suite privada y cualquier huésped inoportuno era devorado instantáneamente. Un final demasiado elegante para lo que se merecía.

CAPÍTULO 8

CONMOCIÓN

El cuerpo perfecto

Cómo llegué a la conclusión del cuerpo perfecto fue un proceso largo en el que las ideas se fusionaron como una aleación de metales. Me posicioné frente a mi destino, narrando el porqué de cada paso de mi vida. El tiempo fue como alimento para aquella voz, la intensificó, le acabó dando forma, y le desarrolló un cuerpo que mutaba en personas que formaron parte de mi vida.

Me costó adaptarme a esta nueva realidad, lloré en la esquina de aquel sótano, esperando un resquicio de vida alrededor de él. Las ratas y las cucarachas acabaron formando parte de mi familia, parte de mi ser. Dicen que uno siempre acaba sucumbiendo a lo que es, que no puede ocultar por mucho tiempo lo que en realidad quiere ser. Tal vez fue eso lo que me llevó a retomar la senda del dolor, tal vez nunca fui ese que lloraba en esa esquina, puede que fuera un experimento más, un momento de compasión y debilidad instantánea.

La llamada de esa sombra se produjo. Elevé mi cuerpo frente al suyo, cara a cara, pude sentir su respiración en mi rostro.

- ¿Por qué? ¿Por qué me has usado y me has hecho creer dueño de unos actos que nunca quise cometer? creí ser un asesino despiadado y lo acepté, pero me engañaste. La historia de mi padre nunca tuvo ni un atisbo de mentira, fuiste tú y puede que también impidieras que volviera a por mí a aquella granja, lo mataste, usándome, manipulándome y haciéndome creer que era lo correcto... ¡CONTÉSTAME!
- Sí, sí y sí, tienes razón. – Dijo mientras aquella oscuridad me impedía ver su rostro. Siempre te he utilizado, te he hecho matar y te he hecho creer cosas que nunca han sido verdad, pero todo fue por algo, por un plan, por una causa justa para ambos. Eres el elegido causal para otorgarme un cuerpo perfecto, un cuerpo capaz de sacarme del infierno y permitirme estar aquí, con vosotros, con los vivos...
- Mi padre, Billy... ¿¡Por qué maldito hijo de puta!? ¿Por qué me has destruido la vida? Fue ahí cuando rompí a llorar, a maldecir y a pensar que nunca nada había tenido sentido. Aquel ser se transformó de nuevo, esta vez se aclaró y pude apreciar una silueta semejante a la de mi padre.
 - No puedo estar aquí, de hecho no lo estoy. Utilizo una conexión contigo, una forma de poder llegar a ti a través de tus recuerdos, de quienes un día formaron parte de tu vida. Si no hubieras acabado con Billy yo nunca podría haberme comunicado contigo, él fue la conexión. Tal vez podías verme, pero nunca podríamos habernos comunicado. Yo elegí a tu padre, no fue por una razón, solo tenía unos segundos para estar aquí y él fue el primero que vi.
 - ¿Entonces, ni siquiera fui elegido? – Pregunté con gran resentimiento.
 - No... Pero tengo un plan para ti que a ambos beneficia; Si haces lo que te digo podré estar aquí y si estoy aquí, podré traerlos de vuelta.

La sed de sangre y las ganas de asesinar comenzaron a acrecentarse en mí. Sin miedo, sin anhelo a que ellos estuvieran de vuelta, comencé a hacer lo que mejor sabía, matar. Aquella vez

fue la primera que lo llamé Dios-Demonio. Por un lado te beneficiaba por tu actos, pero por otro te obligaba a destruir para recibir tu recompensa. El termino demonio no solo fue por lo que me perturbaba sino por aquel aspecto, por aquella visión en la cárcel. Esos cuernos y esa piel rojiza no eran de este mundo.

Los cadáveres dejaban un reguero de sangre hasta la puerta de la habitación atemporal, se agolpaban unos encima de otros. Todos ellos fueron producto de mi gran caza en la fábrica. Al principio era interesante no saber si esos cadáveres contenían las partes necesarias para mi gran creación, sin embargo con el paso del tiempo y la falta de respuestas acabó siendo un problema. Dios-Demonio no me decía cuáles eran los elegidos, ni me pedía que me deshiciera de aquellos que no fuesen los idóneos, sino que me ordenaba conservarlos todos.

Fue ahí cuando por fin comprendí el sentido de aquella habitación, conservar todos los cuerpos, fuesen o no necesarios. Aquel lugar impedía que toda esa carne se pudriese, algo obvio, aunque ¿Para qué conservar cadáveres inservibles? Dios-demonio jamás contestó a eso y una duda crecía en mí poco a poco.

Los crujidos de huesos, se amontonaban en mis oídos haciéndose permanentes en mí. En ocasiones esos crujidos me despertaban en medio de la noche con sed de matar, de verter esa sangre sobre mí y sentirme dueño de la situación. Dominante del momento y jefe de las almas que sesgaba, todo por devolverle la vida a quienes él me robó, pero ¿Quería ya que volvieran? Mi mente desvariaba y me abandonaba, sentía como si mutara, las necesidades primarias se acrecentaban a medida que el tiempo se fue acelerando.

Dios-Demonio me insistía en la búsqueda de más cadáveres, pero ¿Para qué? Ya había suficientes, solo necesitaba una mínima supervisión para saber qué partes eran las elegidas. Al cabo de un tiempo, mi duda comenzó a ser sospecha y las paranoias se abalanzaron sobre mí.

¿Soy acaso una marioneta? ¿Un inútil que dejó de tener función? ¿Es esto una manera de mantener a una mala creación ocupada?

- ¡Maldito bastardo! ¿¡Qué pretendes!?
- ¿Te crees lo suficientemente importante para hablarme de esa manera? – Dijo, mientras sus ojos se llenaban de sangre – Y lo segundo, pronto lo adivinarás. Paciencia, sé que eres inteligente.
- ¿Por qué me matas con esta incertidumbre? Creía que éramos algo juntos, que trabajábamos para lograr un sueño que ambos compartíamos.
- ¡Ja, ja, ja! ¿Juntos? – contestó, mientras podía percibir unos colmillos tras la oscuridad que lo recubría.
- ... - El silencio era mi respuesta.

Tildé de ira todo el contexto de mi situación. Empecé a darme cuenta que solo quería algo de mí y que de alguna manera ya lo había logrado. Después me mantuvo ocupado para no destruirlo.

No tuvo que pasar mucho tiempo para empezar a alarmarme por hechos que ocurrían en mí. Antes de aquellos cambios, hablaré de la fábrica. La fuente de gran parte de los cuerpos que descansaban en aquellas cámaras.

CAPÍTULO 9

LA FÁBRICA

Desde que comencé a asesinar, siempre sentía cuándo el momento exacto estaba a punto de llegar. Un guion de episodios se insertaba en mi cabeza y tan sólo los ejecutaba minuciosamente. Las grandes obras no se piensan, no se estudian, salen sin más, se ejecutan igual que se divisan en la mente.

Las cuestiones siempre me acompañaron como una suave respiración en la nuca, no me abandonaron ni en las noches más frías. El impulso de mis acciones tan sólo son descargas eléctricas sin más significado que matar.

A veces observaba como la luz entraba por las pequeñas ventanas del sótano, un poco de luz nunca venía mal. Sin embargo, el sonido de todos aquellos jóvenes gritando y maldiciendo no los agradecía nada. ¿Acaso aquellos tenían más derechos que yo para ser felices? ¿Por qué reían? Yo jamás tuve un motivo para reír con su edad, mientras ellos disfrutaban de su juventud, yo no la tuve.

Frente a mí, un coche se difuminaba en el horizonte, mientras a mi espalda el lago Merrous se iluminaba con la caída de la noche. Volví a aquel lugar, tuve una visión de mi trágica juventud. Elizabeth. Una mecha de ira se encendió en mi alma. ¿Dónde estaría ella? ¿Dónde estaría aquel hijo que nunca pude ver crecer?

Miré por una de las ventanas buscando esas risas, levanté mis ojos hacia aquella luz y pude divisar la antigua fábrica. No era como esperaba, un aura oscura la cubría. Los jóvenes parecían deteriorados, consumidos por aquella nebulosa. Conseguí divisar a un chico, luego a dos, finalmente me di cuenta que toda la fábrica estaba llena de jóvenes, aquel lugar se había convertido en una comuna. Parecían zombies alrededor de un cadáver.

Aquella fábrica iba a ser mi nuevo centro de captación. Los observaba día y noche, semana tras semana. Ese lugar parecía un centro de mando, un refugio con un fuego que no podía apagarse. Siempre había un grupo de jóvenes reunidos fuese la hora que fuese. Cada media noche, un grupo de ellos llegaban en un camión gris, al principio no me percaté, simplemente los veía bajar. Una noche me fijé en que llevaban bolsas de gran tamaño, me pregunté, ¿Qué llevarían ahí? El proceso se repetía cada noche, siempre a la misma hora. Aquella fábrica aguardaba un gran misterio.

La primera vez fue una noche lluviosa, mis pisadas se marcaban en el barro mientras me acercaba a un grupo de tres jóvenes que se cobijaban bajo un árbol. Hipnotizados por aquel lugar, no podían escucharme, uno de ellos se alejó a orinar tras unos matorrales, así que me aproveché de aquella oportunidad.

La lluvia sonaba al caer sobre su chupa de cuero, mientras ocultaba el sonido de sus quejidos. Aquel joven comenzaba a perder la fuerza en sus piernas mientras mis brazos asediaban su cuello apretando cada vez más, el crujido de su cuello significó el final prematuro de su vida.

Arrastraba su cadáver por el barro. Mientras, los otros dos comenzaron a percatarse de que su compañero no volvía. Los nervios afloraron en mí, pero caído del cielo, a su hora exacta, aquel camión llegó por detrás de la fábrica y los jóvenes fueron apresuradamente hacia allí. Los observaba en la distancia mientras sacaban aquellas bolsas pesadas. Una de ellas estaba rota, podía verse una gran brecha de la que caía un líquido rosado, apenas podían llevarla, tuvieron que hacer una breve pausa antes de llegar a unas grandes cubas. A cada paso, esa brecha se hacía más y más grande hasta que acabó por desquebrajarse por la mitad, entonces una mano sobresalió por aquel boquete.

Como una boa que arrastra su víctima, rectaba por el suelo acercándome poco a poco al edificio. Introduje mi presa en el sótano a la vez que mi mente daba vueltas a aquella mano que sobresalió de esa bolsa. ¿Estaba ante una organización de asesinos a sueldo? ¿Había uno de ellos sobre el suelo de mi sótano? No me importaba, solo quería aquellos cadáveres, tal vez el cuerpo perfecto podía estar entre ellos.

Repetí la misma acción la noche siguiente y así sucesivamente, como un guion perfecto, un plan estratégico que Dios-Demonio estableció para mí. No había fisuras, no había sospechas. Todo fluía como la sangre por mis manos mientras sus gargantas la vomitaban. Una mañana no pude ver a nadie a través de las ventanas del sótano. Me extrañaba, supuse que desde el ángulo de la ventana no podía divisar toda la zona, esperé que la noche llegara, me preparé y decidí salir. No había nadie, todo estaba en completo silencio, aquella fábrica estaba desierta como debería haber estado de primera hora, pero no lo estuvo. Cuando me disponía a marcharme vi a un hombre, con traje y sombrero, algo extraño siendo de noche, pero no me vio, estaba hablando por teléfono y pude escuchar parte de la conversación.

- No hay nadie, he mirado por toda la zona, solo basura Sr Night
- Eso ya lo sé. ¿Estás seguro? ¿No has visto a nadie? Varios vecinos de Royal Street han llamado.
- Seguro Sr Night.

Era obvio que buscaban a aquellos jóvenes, los vecinos habían alertado de que ahí pasaban cosas extrañas. Sin embargo no podía entender como no habían mirado en aquellas cubas repletas de cadáveres. También me planteé que alguno me hubiese visto ir tirando de algún cuerpo, aunque era imposible, desde la zona de la urbanización podía verse quién entraba y quién salía, pero no lo que ocurría dentro o al menos eso creía.

Varios días después salí en busca de algún cadáver de aquella cuba, estaba convencido de que entre ellos podía encontrarse el cuerpo perfecto. Cogí uno de los menos pesados, no me encontraba con fuerzas para cargar con más. Crucé la parcela apresuradamente, cuando apenas me quedaban unos metros para llegar, frente a mí apareció aquel hombre con su sombrero. Solté rápidamente el cadáver, el sonido al caer hizo que aquel hombre mirara.

- ¿Necesita ayuda?
- ¡No!... - grité tajante.
- Parece que esa bolsa pesa mucho –Dijo mientras una sonrisa se dibujaba en su cara.
- No gracias, puedo sin problemas – tartamudeé mientras andaba lentamente. Él me seguía a la par.
- ¿Vive usted por aquí cerca? ¿En aquel edificio, puede ser?
- ¿Cómo sabe usted eso? – pregunté mientras rezaba porque Dios-Demonio me recubriera de esa aura de invisibilidad.
- Bueno, digamos que conozco la zona muy bien. Ese edificio era uno de los más bonitos del

pueblo. Recuerdo corretear por él cuando era un niño, antes creo que toda esta zona eran campos de maíz.

- Sí.- afirmé mientras intentaba desaparecer de allí. - ¿Tiene más preguntas?

No tengo ninguna – esa maldita sonrisa se mantenía en su boca.

¿Quién coño es usted? – grité, había perdido totalmente el control.

- ¿Yo? –Preguntaba mientras se quitaba el sombrero. -Soy Mick. ¿Quién eres tú?

¿¡Aquel hombre!?! ¡No podía creerlo!, esa cara ya la conocía, se había ocultado tras ese sombrero. Era el policía que había matado. « ¿Tú? Tú estás en mi sótano». Pensé.

- ¿Yo?

- Cuidado con tu bolsa, está rota ahí y está ensuciándote los pantalones ¡Ah, por cierto! Las manchas de sangre salen con alcohol.

Me guiñó el ojo y se marchó. Todo aquello fue surrealista, aquel hombre estaba muerto de hacía años, sus huesos parecían en mi sótano, sé que Dios-Demonio estaba detrás de todo aquello, le encantaba jugar conmigo, aunque al final siempre me protegía. No volví a ver a aquel muerto viviente, ni tampoco a aquellos jóvenes, sin embargo los cadáveres seguían allí y yo me los llevé todos.

CAPÍTULO 10

MAMA, PAPA ¿POR QUÉ?

No recuerdo apenas nada sobre mi madre, algún relámpago sin apenas sonido entre mis pensamientos, un resquicio de algún tipo de lástima tras su desaparición.

Cada noche mi padre solía llegar borracho, contando alguna de sus desinteresadas historias sobre extraterrestres y balbuceando que yo era un demonio para variar. Normalmente se saldaba con un par de golpes contra las paredes de la casa, arrojando algún tipo de utensilio de la cocina o cayéndose como un árbol sobre el suelo.

Una noche llegó más temprano y borracho de lo habitual, mi madre aún no se había acostado y eso provocó el conflicto. Ella estaba harta de la misma situación cada noche y le exigió que lo dejara de una vez, cosa que a él no le sentó nada bien. Empezó a tirar cuadernos de su despacho contra mi madre, incluso contra mí, uno de ellos me golpeó, al cogerlo vi una cifra, el 3, fui recogiendo y en cada uno de ellos se veía escrito un número. Comencé a leerlos esa misma noche.

A medida que avanzaba en su lectura, más identificado me sentía de cómo hablaba de su extraña relación con aquel demonio, al llegar a la página 99 comenzó a hablar sobre muertes, sangre y dolor, ¿Por qué? ¿Tal vez en esta parte empezó el camino en el que yo me encuentro? ¿Tener que matar porque el demonio se lo pedía? Avanzando un poco más en las páginas del cuaderno, comprendí que aquel que encontré escondido entre unas tablas de madera del suelo era anterior a este, Aunque no llevaba número.

Página 106:

Dios-Demonio me obliga a matar a un ser querido para que de alguna manera él esté presente entre nosotros. ¿Por qué? Todavía no lo sé, solo sé que es necesario que esté aquí para poder de alguna manera influir sobre mí. Para que su simple voz se vuelva cuerpo y de alguna manera poder extender su dominio aquí.

Aunque me lo explique no acabo de entenderlo ¿por qué he de matar a mi mujer? dice que me hacen débiles, pero yo no lo creo.

Los flashes de estas lecturas de mi infancia se plasmaban en mí como diapositivas, pero esto no siempre fue así. Más adelante mi mente conectó y pensó más allá de lo que él quería que pensara, ¿Y si nos obligaba a matar a nuestros seres queridos porque nos liberaba así de unas cadenas sentimentales y responsables? ¿Lograba así hacerse con el control total de nosotros, sin otros seres que pudieran hacernos cuestionar nuestros actos?

Página 118:

Me negué a hacerlo, le pedí que escapase aunque no sé qué hizo ella, pero me lo imagino. todo lo que escribo aquí lo lee al mismo momento que termino la forma de cada letra. Pero eso no hace que sepa todo sobre mí, creó un demonio de el que iba a ser un hijo especial, un hijo que iba a unir esta familia y me iba a sacar de las garras de la bebida, pero se encargó de destruir mis sueños y convertir aquel bello niño en un demonio bajo mis ojos.

En esa parte de la página había un dialogo.

- *Hagas lo que hagas, jamás conseguirás vivir como un ser humano normal. Tuviste la mala suerte de encontrarte en aquel campo de maíz aquella noche, pero de alguna manera fue un castigo por una vida de lujuria y drogas, tú mismo fuiste el culpable de tu destino.*
- *¿Y qué culpa tenían mi hijo y mi mujer?*
- *Siempre hay que atacar donde más duele. No podrás escapar de esto, morirás entre las garras de tu propia creación.*

Muchas de las situaciones que estaban escritas en aquel cuaderno me recordaban a mi situación, pero faltaba mucho más. Yo había avanzado muchísimo en todo eso, no hablaba de la búsqueda del cuerpo perfecto, cada segundo tenía mayor certeza de que mi padre tan sólo era un hortelano, una especie de desatascador del camino.

CAPÍTULO 11

DESMEMBRACIÓN

- ¡Contéstame! – gritaba mientras me sumergía en una desesperación inconsolable.

Seguía sin obtener respuesta de Dios-Demonio y aquella idea del cuerpo perfecto martilleaba mi mente. Había pasado las últimas noches llevándome todos aquellos cadáveres de la fábrica al sótano, almacenándolos cuidadosamente en la habitación atemporal y deseando unir algunas de las extremidades que allí yacían.

Tras meditar durante días tomé una inquebrantable decisión, iba a crear el cuerpo perfecto, no me importaba fallar. Dentro de mí pensaba que tal vez era eso lo que Dios-Demonio quería que hiciese. Miraba aquella puerta mientras la definición de sus esquinas me marcaban el camino de la perfección. Tiré de ella y todo se iluminó a mi paso, la luz tenue me relajaba, me preparaba para poner a prueba mi precisión cirujana.

A medida que andaba por aquel pasillo todas las puertas de las cámaras frigoríficas se abrían a mi paso. Me sentía capaz de todo y ese detalle me alertó de que tal vez escogí el camino acertado. Entré en una de las cámaras y cogí dos cadáveres, los agarré de los tobillos y tiré de ellos, sus cabezas golpeaban contra el suelo irregular. Más adelante entré en otra cámara y saqué otros dos cadáveres, también al azar. Llevaba dos cuerpos en cada mano, todos varones, como casi todos los cadáveres que albergaba la habitación atemporal. Continuaba hacia el final de aquel pasillo, guiado por algún estímulo que me presionaba a seguir, cada metro que avanzaba parecía que se sumaban dos más. Cuando empecé a creer que aquel lugar era infinito, la oscuridad marcó el final de aquel pasillo y una gran luz blanca lo iluminó.

Podía verme reflejado sobre el metal de aquella mesa, era nítida y bien pulida. A ambos lados de ella, dos carritos repletos de instrumentos quirúrgicos la acompañaban. Cizallas, cuchilletos, material de sutura para cerrar heridas, seguetas, entre muchos otros que desconocía. Subí todos los cuerpos a esa gran mesa mientras decidía qué parte iba a usar de cada uno, no había nada preparado, sólo estaba improvisando.

Cogí los brazos del primer cuerpo al que llamé Billy, la cabeza del segundo que no era otro que George, las piernas de John que era el tercero y el torso del cuarto, Michael. Algunos nombres pertenecían a mi vida, otros tan sólo la impulsividad los seleccionó. La segueta estaba fría, sentía el metal helado sobre los pliegues de mi piel, la apreté fuerte en mi mano y apoyé mi muñón derecho sobre el brazo del cadáver uno (Billy) mientras con mi única mano sesgaba una y otra vez aquel brazo. La sangre brotaba como si un alma aún se contuviera en aquel recipiente. La paz me envolvía a medida que el brazo se desprendía más y más mientras el rostro de aquel cadáver adquiría la imagen de Billy, eso me relajaba aún más, aquella sangre me empezó a parecer apetecible. Una pequeña sonrisa iluminaba mi rostro mientras Billy me pedía seguir para acabar con su otro brazo. Al terminar el cuerpo recuperó su antigua apariencia y los brazos ya estaban

preparados.

Cada paso en aquel plan parecía correcto, disfrutaba de la libertad de hacer todo lo que quisiera, por un momento me sentí dueño del momento, el jefe de esta creación. La cabeza del segundo cadáver (George) estaba lista para ser decapitada. Apretaba la segueta contra el cuello mientras hacía fuerza con mi muñón sobre su rostro, cortaba y cortaba mientras las gotas de sudor recorrían mi frente. Al cabo de unos minutos sentí el chirrido del metal de la segueta con la mesa. Ya tenía la cabeza, pero mi muñón había apretado tan fuerte su cara que acabé por reventar uno de sus ojos. No me sentía bien con esa cabeza, ya no era perfecta, en lugar de buscar una solución preferí seguir con las piernas y tomar una decisión al final.

No era capaz de cortar aquellos fémures, me sentía inútil por tener tanto material en esos dos carritos y no saber usarlo, tan sólo cogí la herramienta más grande y la utilicé, sirvió pero después ya no. Estuve meditando y decidí coger la cizalla para intentar cortar aquellos dos huesos. Como el crujido de una nuez los huesos acabaron sucumbiendo ante tal maltrato. Gracias por tus piernas John (tercer cadáver). Codiciaba aquellos miembros, estaba ante el cumplimiento de un mandamiento definitivo.

Repetí el proceso a la inversa, cogí el cuarto cadáver (Michael) y lo desmembré. Las piernas, los brazos y la cabeza. Ya lo hacía con mucha más soltura, siempre aprendí muy rápido. Los restos de los cadáveres los tiré al suelo, los seleccionados yacían sobre aquella gran mesa metálica.

Cogí los materiales de sutura y los dejé sobre la mesa, junté cada parte en su lugar indicado y comencé a suturar. A medida que lo hacía la cabeza elegida fue adquiriendo el rostro de George.

- ¡Te engaña una y otra vez! Se ríe de ti... eres débil y cobarde.
- ¡Calla maldita cabeza! – Gritaba mientras intentaba seguir cosiendo, pero aquellas afirmaciones me dañaban.
- ¡Tú me mataste! ¡Cobarde! Tu mente es inestable... pobre desgraciado.
- Yo elegí estos cadáveres. ¡Yo elegí coserlos a ellos! ¡Yo elegí hacer esto aquí y ahora!
- Tú nunca has elegido nada ¡Te eligieron de casualidad!
- ¡Cállate! - grité. Entonces la cabeza volvió a su verdadera apariencia.

Aquellas alucinaciones siempre me desestabilizaban, nunca sabía de donde salían, si eran producto de Dios-Demonio o de mi mente intentando dañarme como siempre.

Después de varias horas, ya había cosido todos los miembros, mi cuerpo perfecto estaba casi listo, pero cuando miré su rostro vi aquel ojo destrozado. Volví mi vista hacia el suelo y observé las otras 3 cabezas. Una de ellas me resultaba familiar. Un rostro conocido volvió a proyectarse.

Aquellos ojos, no los había olvidado aún, en ellos se podía recordar la fuerza de la naturaleza, ese verde floral tan intenso. Anastasia me hablaba a través de aquella cabeza.

- Te he echado de menos todo este tiempo. ¿Por qué no volviste a casa?
- Tú me atacaste. – balbuceaba mientras su rostro me debilitaba.
- Eso no fue lo que pasó. ¡Tienes que recordar lo que sucedió!
- ¡Eso fue lo que pasó! – Mientras pensaba que era una gran prueba. Aquellos ojos eran los que necesitaba.
- Quiero conocerte mejor, ¡Quiero que nos des una oportunidad de estar juntos! ¡Tienes que buscarme!

- ¡No sé dónde estás! Pero en este cuerpo seguro que no. Necesito tus ojos.
- ¿Mis ojos? ¡Me matarás! ¡No lo hagas por favor!
- Pero, ¡Tengo que hacerlo! Es mi destino.
- Eres un cobarde. ¿Vas a acabar con la vida de la única persona que te ama?
- ¿¡Por eso me cortaste mi mano!?! ¿¡Por qué me amas!?! – Pregunté irónicamente.
- Te está engañando. Todo esto solo es un engaño más hasta lograr su objetivo.
- Puede ser, pero ¡Necesito tus ojos!

Los gritos sonaban en toda la habitación mientras sacaba sus ojos con unas pinzas para sujetar los párpados. Sabía que no los obtendría perfectos pero su belleza compensaba la imperfección. Aquella voz se perdió y aunque su rostro retornó a ser el anterior, aquellos ojos seguían siendo verdes. Los coloqué sobre el cuerpo perfecto, cosí sus extremos con el nervio ocular. El mundo que yo conocía daba la bienvenida al cuerpo perfecto.

CAPÍTULO 12

METAMORFOSIS

Al fondo de aquel pasillo, en aquella habitación oscura y enorme, en su pared frontal, como Jesucristo en la cruz, yacía suspendido por clavos el cuerpo perfecto. Esperaba que sus costuras se cicatrizasen, que aquel color pálido se fuera y que sus verdosos ojos cobraran vida, pero el tiempo pasaba y jugaba en su contra. A diferencia de los cuerpos que yacían en las cámaras, aquel se deterioraba más cada segundo, su olor empeoraba, su piel se pudría y Dios-Demonio callaba. Mi desesperación aumentaba cada segundo y el plan del cuerpo perfecto sucumbía por sí solo. Las extremidades de los cuerpos desechados seguían en el suelo. Intactas, perfectamente conservadas sin un atisbo de putrefacción. ¿Me estaba castigando?

La sed de sangre volvió a despertarse en mí, pero esta vez en forma de un inusual apetito, aquellos restos se volvieron codiciosos para mí. Seguían desprendiendo sangre sobre el suelo. Agazapado como un león observando a su presa me acerqué lentamente a uno de ellos y empecé a devorarlo mientras me sentía realizado.

El sonido de mi mandíbula masticando aquella carne me impedía escuchar con total claridad, sin embargo me pareció oír un grito a mi espalda. Giré el cuello y vi a un hombre mayor de unos 60 y tantos años mirándome aterrado.

Me levanté y comencé a andar hacia él mientras se mantenía quieto observándome. Cuando apenas nos distanciaban unos centímetros comenzó a correr hacia el final del pasillo. Intenté alcanzarlo pero consiguió salir por la puerta de la habitación atemporal. Cuando me disponía a seguirlo, empecé a sentirme mal y caí al suelo sin explicación alguna.

A la mañana siguiente me desperté sobre el suelo, llevaba desde el día anterior ahí tirado ¿Cómo había entrado aquel hombre en la habitación atemporal? Pensaba que era imposible, sin embargo no me dio tiempo a hacerme muchas preguntas.

Horas después noté un pequeño dolor en las uñas de la mano. A medida que el día pasaba, ese dolor comenzó a extenderse a las uñas de los pies, seguidamente se inundaron de sangre en su interior.

Poco a poco la sangre se fue secando y las uñas se pusieron de un tono negro rojizo. Pero eso no fue todo, crecían sin freno y a gran velocidad. No podía cortármelas porque solamente el roce metal de las tijeras hacía que el dolor se volviese insoportable.

Chirriaban al rozarlas con las paredes del sótano, era un sonido muy reconfortante. Tras unas semanas acabé acostumbrándome a ellas, supongo que tenemos que aceptarnos tal y como somos. La verdad es que las cosas no se quedaron ahí, sino que fueron aumentando cada vez más. Nuevas anomalías se mostraban en mi cuerpo.

Al principio no pude imaginarme a qué se debía aquel intenso dolor de cabeza, pero con el paso del tiempo lo acabé por averiguar. Dos tumores del tamaño de un puño se formaron a ambos lados de mi frente, bella puesta en escena de un nuevo complemento inútil.

Mi piel comenzó a broncearse paulatinamente, al principio agradecía ese tono más bronceado, ya que siempre había tenido un aspecto pálido, sin embargo el negro carbón que acabó adquiriendo no fue de mi agrado. Sin duda una de las partes más desagradables de la metamorfosis fue la referida a los ojos. Un dolor intenso se incrustó en mis retinas, era como si estuviera sufriendo una operación de cerebro a través de mis ojos, me acerqué al espejo y pude ver como se ahogaban en sangre. Poco a poco mis ojos me resultaban más familiares hasta que acabaron siendo copias idénticas de los de Dios-Demonio.

Nunca había ido al dentista, ni siquiera me había fijado en mis dientes, pero noté que algo raro estaba sucediendo. Mis colmillos tenían una longitud mayor de lo habitual, poco después entendí que estaba en lo cierto. Diría que el dolor es algo subjetivo, sin embargo en ocasiones, la palabra interpretable carece de sentido. Jamás percibí una sensación tan ardua e insostenible como aquel dolor.

Mi escoliosis me había acompañado durante toda mi vida, pero desapareció. La espalda se me friccionó como un metal candente para recuperar una forma perfecta que jamás tuvo, me erguí como un soldado romano, alcanzando una altura sobrenatural.

Pectus Excavatum ese era el nombre por el que se conocía mi «pecho hendido» aquel pecho que la metamorfosis me eliminó.

Aunque el elemento más siniestro y único fue la capacidad de poderme suspender en el aire. Eran grandes, robustas y muy útiles, compartían ese tono ennegrecido de mi piel. Incluso podía plegarlas y mostrarlas a mi antojo.

Mis alas, mis uñas y mis colmillos me hacían infalible y letal.

El cuerpo perfecto... Esa idea que Dios-Demonio me había implantado se desmoronaba a medida que una fría e incesante hambre invadía mi estómago.

Cada segundo que pasaba, mis ganas de comerme aquellos cadáveres perfectamente conservados aumentaban exponencialmente. Tuve miedo de que aquel ser apareciese de la nada y me maldijese aún más por hacer aquello, sin embargo la sed lo cegó todo. Empecé por las extremidades poco a poco, intentando ocultarlo, después por los torsos y finalmente por las cabezas, ya no me importaba lo que fuese. Sólo quería comer.

Aquel ser se silenció en mi nebulosa mente. Todo empezó a cobrar una dirección distinta, otro vaivén sobre qué plan tenía para mí y sobre lo que yo empezaba a descubrir.

El hedor intenso del cuerpo perfecto invadía toda la habitación, el odio por aquel ser se multiplicaba, mi fracasada creación se pudría ante mis ojos y cada vez veía más lejos el sentido de todo aquello. Mentiras y más mentiras sin un simple reconocimiento, la sed y el sentimiento de venganza recorrían mi cuerpo, perdí el control.

- ¿¡Quieres tu cuerpo perfecto!? ¿¡Lo quieres!? – Grité con toda mi fuerza mientras tiraba utensilios quirúrgicos sobre aquel cuerpo podrido.

No tenía más opción que acabar con aquello que yo mismo creé, el desengaño era todo, no había nada más en mi mente. Me subí sobre la mesa metálica y tire de él. Los gusanos y un líquido pegajoso caían sobre mi cara a la vez que los clavos que lo sostenían se iban desprendiendo. Golpeé el suelo totalmente descompuesto, la decepción me inundaba mientras decidía aceptar el fin de aquello, aunque aún me quedaba algo por hacer.

Comencé a morderlo mientras las arcadas me impedían engullirlo, arrancaba trozos y los escupía una y otra vez, usé mis garras para destruirlo y mi ira para acabar con su función. El cuerpo perfecto desapareció igual que la voz de Dios-Demonio.

- ¡Esto es para ti! ¿¡Vas a decir algo!? ¡Maldito mentiroso!

La soledad, aquello que siempre me acompañó y el silencio que de hacía un tiempo me susurraba en aquel lugar, ambos acaecían en mí. No supe aceptar la ausencia de su voz ni la desaparición de su rostro, lo necesitaba. Sentía con todas mis fuerzas que estaba siendo castigado.

CAPÍTULO 13

VISIONES A TRAVÉS DEL ALMA

A veces me pierdo entre los lamentos de todas aquellas personas que abandonaron este lugar de una manera tan cruel y dolorosa. La visión repetitiva de aquel fuego volvía una y otra vez a mi mente. Se acallaba el latido de sus corazones entre llamas mientras se retorcían por un dolor más intenso que cualquier otro sufrido. La piel caía a trozos mientras los llantos alcanzaban puntos más altos que las propias llamas. Pude sentir más en ese momento que en la mayoría de los que yo era protagonista. La muerte estaba presente en aquel edificio, se proyectaba en el sótano y me tenía a mí como fiel espectador mientras Dios-Demonio seguía sin palabras, acallando cualquier resquicio de sentido.

Recuerdo a una persona de todas aquellas imágenes que cobraban vida en mi mente, el señor Rutter. No era más que un anciano común, sin habilidades especiales, sin dinero, sin familia. No creo que su muerte significara nada para nadie, pero murió igual que todos los demás.

¿Qué valor da la vida a personas que no dejan nada? O mejor dicho, ¿Por qué algunas personas están valoradas más que otras? Preguntas sin respuesta, no una, sino cientos, ¿Y acaso soy yo el único ser despiadado de este mundo? Para nada.

Entre las sombras del sótano se escuchó una voz, poco a poco se construyó un cuerpo, después se acercó a mí.

- Señor Rutter, ¿Qué hace usted aquí? – Dije con un tono sosegado y amable.
- Tus necias palabras me han despertado de mi sueño. No intentes justificar tus actos por el hecho de que en el mundo existan más cosas negativas.

No me justifico... Digo la verdad.

Tu verdad es una mentira, igual que tu vida, no eres más que un siervo, un ser despreciable.

Maldito Rutter, pensé. Ese viejo me estaba faltando al respeto y lo que es peor, me estaba llamando siervo. La ira recorrió mi cuerpo y sin previo aviso le mordí con mis colmillos afilados.

¡Muerde todo lo que quieras! sabía que lo harías. Podemos sucumbir ante el Dios-Demonio, podemos perder nuestra vida, pero nuestra alma y nuestros recuerdos son eternos.

- ¿De qué estás hablando? Deja de decir tonterías viejo necio.
- ¿Él no te lo dijo? ¿No te avisó? La metamorfosis es un camino largo no solo es dolor físico, es un dolor psicológico. Tus víctimas te dan su cuerpo pero tú recibes todo, no solo lo que quieres. Es una maldición, ¿Recuerdas?

Una carcajada eterna resonó en aquel agujero mientras su cuerpo desaparecía entre la oscuridad.

Instantes después mi mente se cubrió de negro, aflicción y más aflicción. El dolor del viejo

Rutter se adentró en mis neuronas, me inundó de su dolor e hizo que desapareciera todo a mi alrededor.

De repente me encontraba en una habitación, había poca luz y entraba a través de una pequeña ventana situada en frente. Todo el decorado era muy antiguo, una mujer entró en la habitación y se dirigió hacia mí.

- ¡Maldito hijo de puta! Tu hija ha muerto, te dije que la llevaras al hospital, pero ¡No! Era más importante gastarte el dinero en aquellos negocios, ¡Ya se recuperará decías! Hijo de puta...

Volvió a salir de la habitación y de nuevo me encontré solo. Tras unos minutos aquella mujer volvió a entrar con el cadáver de aquella niña sobre sus brazos.

¡TOMA ES TUYA! ¡Ahora la entierras! ¡Tú has provocado todo esto! Ojalá pagues por ello pronto...

Aquella niña no tenía más de 10 años, su cuerpo yacía morado sobre mis brazos. De nuevo, aquellos recuerdos de Rutter se amontonaron en mi mente pero esta vez comenzaron a encajarse minuciosamente.

Un nombre se repitió una y otra vez en mi mente. Selena.

Aquel nombre pertenecía a la niña que colgaba de mis manos. Quería saber más, quería conocer a Selena, lo que pensaba, lo que le pasó, así que la mordí. Miles de emociones invadieron mi mente. Eran demasiadas, muy intensas, muy dolorosas, perdí el conocimiento.

Me desperté en el sótano... ¿Qué había sido todo aquello? Cuando comencé a alimentarme de aquellos cadáveres nunca tuve visiones de nada, ni saboreé sus recuerdos. ¿Qué es lo que estaba pasando? Había un trasfondo de realidad tras todo aquello, una maldición más, algo peor que el propio hecho de ser manipulado por Dios-Demonio.

CAPÍTULO 14

LA REALIDAD

Historias e historias sobre mí, acerca de aquel ser y sobre todo lo que nos rodeaba. La realidad es que he ido enterrándome en un fango imposible de hacer desaparecer. Poco a poco he ido haciendo lo que él quería, creyéndome de alguna manera que había resquicios de decisión propia en mis actos, pero de nuevo, como siempre, me equivocaba.

Me encontraba en un punto de no retorno, pero de todos modos ¡Qué demonios! (Nunca mejor dicho) ¿Quién era yo para poder luchar contra un ser así? Un simple hijo de un borracho campesino y una mujer adaptada a una paliza por semana. No importaba lo que hubiera hecho, intentado, luchado o como cada ser quiera decir. Nunca podría haber obtenido nada contra eso, ¡Es un demonio por el amor de Dios! Y encima es mi único Dios ya que el otro me abandonó antes de nacer, dejándome ser sepultado por tal condena. No le debo nada a ese mentiroso con capa blanca, él me obligó a navegar por un río de fuego.

Al principio creí que era un simple enfermo, un ser sin escrúpulos apodado «ASESINO DEMENTE» después pensé que era algo más. Un enviado, una especie de ángel del mal. De alguna manera aquella voz me hizo creer eso, me llenó de vida pensar que todo tenía un sentido y eso era lo que tenía que hacer. Sin embargo la potencia de esa voz envolvió un cuerpo que adaptaba las formas de mis seres más queridos a los que según él, me obligó a matar. A partir de ahí todo comenzó a salirse del guion típico y fue entonces donde todo se tornó hacia un camino más sombrío de lo normal, con misiones espirituales y exceso de cadáveres.

Mi mutación, transformación, cambio, mejoría, evolución, significó el final. Mi cuerpo se convirtió en una especie de máquina perfectamente calibrada para cumplir una misión.

Aunque todas aquellas mentiras, aunque todas esas visiones de vidas pasadas provocaran unos resquicios de dudas, esa metamorfosis bloqueaba mis recuerdos más sensatos. Eliminaba mis pocas condiciones de humano, la pregunta era ¿Cuál era la verdadera misión? Y sobre todo ¿Para qué?

Los diálogos desde la metamorfosis dejaron de ser algunos a ninguno. Engullía cadáveres como antes hamburguesas, por muchos que me comiera tenía la sensación de que no me saciaba nunca y eso me preocupaba. El hambre se convertía en mi nueva compañía mientras mi mente maquinaba cual sería el objetivo final de todo esto.

Hasta que ¡Tachan! Dios-Demonio se comunicó:

- ¿Qué tal te sientes con tu nuevo cuerpo?
- Tenías todo planeado, como siempre...
- ¿Qué esperabas? Soy el Demonio por algo (mientras soltaba carcajadas) Por primera y última vez te podré ser sincero del todo, ya que por fin no existe ningún riesgo de que nada se estropee.
- ¿Y si ya nada se puede cambiar, de que me vale ya? – Pregunté irónicamente.
- Supongo que de nada, pero allá va. Nunca fuiste especial sino mi única opción. Pude cruzar la puerta a la tierra durante unos segundos, lo suficiente para convertir a tu padre en el portador del gen que haría de la tierra un lugar diferente. No tuve tiempo de darle unas indicaciones claras antes de que me sacaran de allí a base de rayos. Él pasó el gen

a tu madre para que te engendrara, nunca fue consciente en su totalidad de que por una vez dejaría de ser un mísero don nadie para convertirse en alguien con un papel crucial en la colonización de la tierra.

- ¿En la colonización de la tierra? ¿Tu objetivo no era entrar aquí?
- Después de todo esto ¿Aún te crees lo del cuerpo perfecto? Eres más gilipollas de lo que creía.
- ¿Qué has hecho conmigo...?
- Te he convertido en alguien mejor, en algo útil e importante. Te saqué de una vida de mierda, borracho y drogado todo el día, con una mujer que no te querría y con dos hijos más gilipollas que tú, deberías darme las gracias por eso y por darte un papel crucial en la historia. En un primer momento pensé que tenía que quitar a tus padres de en medio lo antes posible, para que no te afectaran y pudieras ser lo suficientemente insensible para que en unos años pudieras empezar a matar. Si te lo estás preguntando ¡SÍ! Yo me apoderé del cuerpo de tu padre y también me apoderé del de tu madre y poco a poco conseguí que se suicidase, debes saberlo. Igual que me apoderé de ti para que mataras a tu padre, ¡ENTIENDE DE UNA VEZ QUE NUNCA HAS HECHO ALGO TÚ SOLO PORQUE ERES UN COBARDE! Eres tan patético que incluso a la única mujer que te ha querido intentaste hundirla en un río portando el gen...
- ¿Mataste también a mi madre? Maldito hijo de puta...
- Sí, asqueroso cobarde.
- ¿Impediste lo de Elizabeth? Eras ese hombre.
- Así es. Soy quien necesite ser.
- ¿Entonces yo también soy un demonio?

No obtuve respuesta...

Años atrás el maletero de mi Cadillac contenía 3 cuerpos. Dos ya eran cadáveres, otro iba camino de lo mismo, simplemente Dios-Demonio lo impidió llevándose a Elizabeth bien lejos de mí. Como una amnesia pasajera, mi primera obsesión por conocer a mi hijo desapareció de mis sinapsis para siempre, hasta que él decidió traerlo de nuevo a mis recuerdos sutilmente. Yo mismo había creado un monstruo y él se había encargado de adiestrarlo. El mal corría por sus venas con mucha más intensidad que en las mías, podía sentirlo...

Fue ahí cuando llegué a la conclusión. Tenía que impedirlo, aunque eso me llevara a asesinar a mi propio hijo, lo haría por tal de salvar a la humanidad de esos malditos demonios. Cogí una sierra, misteriosamente se encontraba en aquel zulo, sin ninguna explicación, posada sobre el suelo, preparada.

Comencé a cortarme los cuernos, la sangre caía a borbotones por el suelo mientras intentaba alimentarme de mí mismo. El dolor era insoportable pero eso no me iba a impedir seguir con mi propósito, finalmente conseguí cortarme uno de ellos. Había perdido mucha sangre, comencé a marearme hasta el punto de caer desvanecido sobre mi propia sangre. Un par de horas después me desperté y seguí con mi cometido. Volví a coger la sierra y me corté el otro, sentía como si mi alma se corrompiera y se separase del mal que había en mí. No me detuve, me corté las uñas de mi única mano y las de los pies.

Aquellas alas, eran parte de mi cuerpo, parte de mi nuevo ser. No podía quitármelas, sabía que podía morir por ello. Sin embargo no pensé más, pasé la sierra por ambos lados de mi espalda y cayeron como dos cadáveres sobre el suelo. Llegó sin duda el punto más duro de todos. Tenía que arrancarme los colmillos, cogí unos alicates y empecé a girar un colmillo como si fuera un tornillo que estaba intentando desenroscar y sin duda lo desenrosqué, luego comencé con el otro.

Recuerdo despertar entre soplidos de olor metálico, incipientes restos de sonidos alevosos y cierta oscuridad nocturna. Sin un ápice de sangre ahí estaban mis colmillos, intactos, -¿Qué ha pasado? -pensé, parece que no pasó nada, una maldición me impedía desprenderme de esta condena o simplemente eso creía yo.

Un dolor intenso y un pitido atronador de ambos oídos me hicieron desvariar, necesitaba que parase. Desesperado, decidí salir del sótano a plena luz del día esperando que alguien viese en lo que me había convertido. Tras andar zarandeándome durante horas por una urbanización cercana al edificio, el guardia de seguridad de aquel lugar me vio. Su cara me resultaba familiar pero aquel sonido incesante en mis oídos me impedía pensar con claridad.

- ¿Otra vez por aquí? Pensaba que estabas muerto.
- ¡Mírame soy un demonio! ¡Mírame! -Le gritaba mientras me desvanecía más y más.
- Joder, otra puta historia de lunático. ¿Te tendré que volver a llevar allí?, Tardamos mucho en solucionar tu conflicto con Anastasia y aun así ¿Vuelves por aquí?
- ¿Anastasia? ¿Dónde está Anastasia?
- Nunca debieron dejarte salir de allí.

Todo se volvió negro. Solo escuchaba a mi mente haciéndose preguntas. ¿Sentirían terror al verme? ¿Me matarían sin hacer preguntas? no fue así, ocurrió lo contrario, normalidad ante mi presencia, veía rostros, batas blancas y poco más, todo estaba borroso. Estaba seguro que la normalidad ante mi aspecto tenía una sutil explicación. Nadie podía verlo, acabé llegando a esa conclusión por la falta de pánico en sus ojos.

Tan sólo yo podía ver mi verdadero aspecto. Igual que entré, salí de aquel lugar. Sin ningún tipo de atención, pastillas, esa era siempre la solución ¿Pero dónde salí? Una puerta de irrealidad tras un velo. La entrada de aquel lugar no era común, un cartel luminoso me cegó, era tan familiar, me recordaba al de la cárcel donde tuve que entrar por culpa de Anastasia fue ahí cuando caí en un vacío de color negro carbón. Giraba y giraba a través de miles de puertas imaginarias cayendo cada vez con más fuerza. ¿Dónde estaba el final? ¿Cómo de fuerte sería la caída? ¿Quién lo sabe, quién sabe dónde estaba entrando? ¿¡Pero, qué importaba!?

No quería volver, ya que tenía que acabar con la vida de mi único hijo y lo que era aún más difícil, encontrarlo. A eso había que sumarle que Dios-Demonio podía leer mis pensamientos, dos caminos bien oscuros, ante eso ¿No era mejor perderse en ese vacío? Presupongo que sí, me importaba bien poco donde me llevaba.

El vaivén de la caída cesó y como sobre un nido de almohadas mi cuerpo se posó. A ambos lados demonios mirando hacia la pared, sobre la oscuridad se inició una iluminación automática.

Los cuerpos que borrosos veían mis ojos se aclararon, entonces escuché una voz;

- ¿Me oye usted?
- Sí, sí le oigo, dije con voz ronca (como si hubiera estado bebiendo 3 días seguidos)
- Tómese esto – Dijo mientras soltaba una pastilla color cabernet sobre mi mano.

¿Más pastillas pensé? La cogí y me la tomé junto con un sorbo de agua...

CAPÍTULO 15

EL DEBER QUE ME LLAMA

Estuve sobre esa camilla al menos 2 días sin apenas moverme, sin apenas poder respirar con fuerza. De alguna manera una parte de mí estaba débil, sin energía, sumergida en una depresión profunda en busca de cumplir un objetivo doloroso.

Me asomé al espejo y me miré. Hacía tanto que no me observaba, a medida que lo hacía dos protuberancias asomaban lentamente sobre mi pálida frente a la vez que dos colmillos volvían a sobresalir de mi encía. ¿Cómo no podían verlo?

Una voz de fuerte intensidad sonaba al fondo del pasillo, me levanté con las pocas fuerzas que me quedaban, no lo pensé, saqué todo lo que quedaba en mí y corrí hacia aquella voz lo más rápido que pude. Se podía apreciar una cristalera al fondo, avancé hacia ella en busca de quién era el portador de esa voz. Al llegar al final del pasillo solo aquel cristal se interponía en mi camino. Acabé atravesándolo.

La caída fue eterna, no parecían dos plantas de aquel edificio. Caí sobre una hilera de aparcamientos encima de un bonito coche color verde lima, seguí avanzando hacia la voz hasta que encontré de donde procedía. Entre dos pinos, con bata negra y una similitud física allí estaba mi hijo. No me hizo falta preguntar, ni afirmaciones, ni consecuencias de mi abandono. Olí su alma y encontré el gen entre muchas fragancias.

Frente a frente, cara a cara, ambos nos mirábamos sin pronunciar palabra. Cuando el suelo se volvió a desplomar bajo mis pies y de nuevo caí en aquel limbo de oscuridad. Dios-Demonio se encontraba tras esos actos, lo sabía, no me dejaría acabar con aquella maldita creación. Después de todo el daño que había provocado no podría ni despedirme intentando hacer el bien por una vez, clamaba al cielo por ese maldito demonio.

- ¡Maldito hijo de puta, mis actos los provocaste tú! Nunca fui dueño de mi ser, nunca fui consciente...

Mientras la caída se hacía eterna y mis pies ya se dormían ante tanto giro, mi alma se apagaba. Las carcajadas de Dios-Demonio retumbaban en unas paredes imaginarias que mi cerebro rellenaba por pura inercia.

Mis ojos se marcaban de lágrimas mientras sucumbía a la oscuridad de aquel paseo hacia el infierno. Todo fue lo que quiso que fuera, por enésima vez mi mente recordaba la manipulación que empujó sobre mí, ¿Cuerpo perfecto? ¿Elegido? ¡Maldita sea! -grité en aquel agujero cuyo eco retumbó todo el universo.

Todos aquellos cuerpos apilados en mi sótano. El alimento que me mantuvo vivo. Mi renuncia tan sólo significaba un ápice de incoordinación en su plan. Tenía a mi hijo y quién sabe en qué lo había convertido, sabía que podía arreglar todo aquello, solo tenía que acabar con mi propia creación. Encendí la televisión de mi vida, localicé el canal de la desconexión entre Dios-

Demonio y yo. Fui libre durante instantes, pura lucidez alumbró mis emociones y la humanidad me rozó con sus dedos el alma.

La caída se paralizó y una camilla se posó sobre mi trasero. Se podía apreciar el contorno de cuatro paredes a mi alrededor, mis manos se entrecruzaron y me dejaron sin movilidad. Al fondo de la habitación apareció Dios-Demonio, hacía mucho que usaba su aspecto más humano, sin embargo empezó a mostrar su verdadera apariencia, no podía apreciarlo con mucha claridad, pero algo veía.

Era muy alto, con color rojizo parecido a la lava de los propios volcanes terrestres. Ojos bien abiertos aunque no apreciaba su interior, parecían cubiertos de una especie de melanina negra. Sus cuernos, a diferencia de los míos eran mucho más grandes y pronunciados, con cierto ángulo curvo en su extremo más alto.

- ¿De verdad me has creído? ¿Qué verdad encuentras en esto? ¡Mírate! eres un auténtico lunático. Maldito enfermo ¡Enfrenta tus miedos! Fíjate bien ¿Quién soy?

Abrí mis ojos lo máximo que pude. Mis perspectivas comenzaron a tornar en un sentido muy rocambolesco y fue ahí cuando todo se complicó en distintas direcciones.

El aspecto de Dios-Demonio fue cambiando convirtiéndose en otra persona, como solía hacer para intentar convencerme de hacer lo que él quería que hiciera, sin embargo, cada vez su aspecto se parecía más a mí y eso me asustaba más que cualquier cosa.

- ¿Me ves ahora? Siempre fui tú, siempre fuimos la misma persona, tu me proyectas. Tú me creas en tu mente, en tu maldita mente.

No pude asimilar tales palabras, tales hechos. Una nueva realidad se habría y yo no estaba preparado para ella. Me desmayé dentro de mi propia irrealidad. Vagando entre dos dimensiones totalmente diferentes, pensaba en aquellas almas que había sesgado, ¿Eran irreales? ¿Era otro plan de Dios-Demonio para deshacerse de mí por no cumplir su último mandamiento? Las variantes subsistían unas a las otras sin eliminar ningún tipo de posibilidad. Introduciéndome por doquier una nueva visibilidad de la situación, Dios-Demonio me intentaba hacer creer que estaba loco.

Si esta creencia hubiera sido la primera conclusión ante mis actos la hubiera tomado como la única posible. Sin embargo, tras cien posibilidades de qué ocurría, ya no era una conclusión válida. Era la última opción para deshacerse de mí pero no lo conseguiría, esta vez no.

Mis nuevos pensamientos renovados, fuertes e incombustibles me llevaron a poder salir de la telaraña en la que me encontraba. Conseguí iluminar la sala con mi fe y desatarme las manos con mi convicción.

La luz del sol iluminaba de nuevo aquel aparcamiento. Miré hacia arriba y podía ver el lugar del que había saltado. A la misma vez resucitaban mis ganas de acabar con la vida de mi hijo. Tenía claro que esto no era la caza del ratón, él vendría a mí como si yo fuera su presa. La cuestión es que se equivocaba, la única presa aquí era él y yo sin duda era su cazador.

La noche cayó sobre el aparcamiento en apenas segundos para mi mente, estaba tan sumergido en mis ideas que las horas fluyeron como agua sobre un conducto bien saneado. Sabía que Dios-Demonio no podría evitar que también desaconsejara sus indicaciones, era una situación de ego. Aquel engendro de mis entrañas quería demostrar que había superado a su predecesor y este era un gran momento para demostrarlo.

Por primera vez no sentía vergüenza por mi metamorfosis. Me miraba y admiraba mis grandes cuernos, mis afilados colmillos y esas uñas para desmembrar cuerpos. El tono ennegrecido de mi piel me daba un toque totalmente siniestro y eso me gustaba.

-Llegó el momento –dije sin ningún tipo de especulación. Siento que estés así por mi

culpa, los dos somos lo que no queremos ser.

- En eso te equivocas, soy lo que siempre he querido ser. (Su voz era tenebrosa, oscura, sin ningún tipo de titubeo)
- Tan sólo eres un mal nacido, un ser que nunca debió existir. No te considero mi hijo, no te considero nada, un error que tu abuelo creó a partir de mí. Te mataré y contigo acabará todo.

Era bastante más grande, más robusto, sus músculos acaparaban toda su estructura. Nos encontrábamos cara a cara, goteaba sangre por su boca, clavaba los colmillos en sus propios labios. Lo mismo sucedía con sus manos, hincándose las uñas en su propia piel.

Mis neuronas sentían miedo de lo que se avecinaba pero era mi deber luchar con todas mis fuerzas e intentar acabar con todo esto. Una batalla encarnizada entre padre e hijo, ambos desconocidos luchando por objetivos diferentes.

Todo comenzó a partir de un rafagazo de mi mano sobre su cara, asintió ante tal golpe e inició sus ataques. Golpe tras golpe me iba desvaneciendo sobre mis pies, sin miedo ya, sin un resquicio de terror. Me levanté sobre mis propias cenizas zarandeándome como una pequeña flor arrasada por un temporal y le planté cara una y otra vez.

La sangre rociaba la escena de nuestra apoteósica guerra de poder a la vez que imitaba a una cena familiar. Todo se iluminaba al son de los chispazos de nuestros cuernos al chocar. El ambiente se rodeaba de un eco, no del sonido de los golpes sino de una voz;

- ¿Cómo puedes golpear a tu propio hijo? Nunca cambiarás lo que eres, luches con quien luches, ignores mis palabras, hagas lo que hagas. Jamás conseguirás que desaparezca de tu mente, antes morirás, antes conseguiré que te maten.
- Ese es tu problema. -Contesté a la vez que era golpeado por mi hijo, ¡Tú no puedes acabar conmigo, sabes que no puedes! Me fui de tus manos, me hice más fuerte de lo que jamás pensabas y ahora soy una amenaza para ti. (La sangre de mis mejillas caía sobre mis manos a la vez que intentaba expresarme vocalizando cada palabra) Me he convertido en tu peor pesadilla, me he convertido en tu voz, en ese que camina entre sombras, en ese que te hace tener miedo de ser quien no quieres ser.

A la vez que pronunciaba aquellas palabras, golpeaba aún con más contundencia acorralando a mi hijo contra las paredes virtuales del infierno que habíamos creado.

-Dios demonio me creó, sus garras se extendían hacia mis decisiones y esas te crearon a ti.

Pero se acabó hijo mío, enmendaré los errores que él me obligó a cometer, deshaciéndome de mi condena, deshaciéndome de ti – Grité, mientras golpeaba con más insistencia.

Agarré un trozo puntiagudo de mi cuerno derecho que saltó por los aires durante los encontronazos y lo dirigí hacia él. A unos dos metros de distancia entre ambos nuestras miradas se volvieron a cruzar y sonó de nuevo la música de la ira y de la contraposición de objetivos, por un momento mis ojos se nublaron. Al recuperar la claridad mi hijo adquirió mi cara, mis ojos y mi antigua maldad, era como si ante mí tuviera la persona que fui y la que ya no soy. Mi hijo era el reflejo del asesino que Dios-Demonio me obligó a ser, aquel que enterré en lo más profundo de mi subconsciente. Empecé la carrera con el fin de acabar con su vida, él corrió hacia mí con las mismas ganas, sólo quedaría uno y ambos lo sabíamos.

CAPÍTULO 16

EL FINAL DE LAS MENTIRAS

A medida que los metros se convertían en centímetros, me empecé a sentir más fuerte, más grande y más poderoso. Era como si el aura del bien me cubriera y me protegiera dándome el billete para una victoria segura. El final llegó, el astillado cuerno atravesó su débil cuerpo que no hacía mucho se tornaba en pura robustez. El instante en el que mi cuerno lo atravesó, su tono carbonado comenzó a desaparecer y su cuerpo se fragmentó en pequeñas piezas de gravilla. Sin duda un final triste, aunque nunca dudé de que fuera el correcto. Sentía un pequeño vacío pero no por haber acabado con la vida de mi hijo, sino por haber sesgado una vida más.

Tras asumir todo lo que había sucedido comencé a sentirme mal. Apoyé mi malherido cuerpo sobre la pared y por una vez en años descansé. Cerré mis ojos, abrí mi alma y posé mis pecados sobre la mesa para ser juzgado por la vida.

Cuando me desperté volví a estar en aquella camilla. El sol iluminaba la habitación entrando por los pliegues de las persianas, entonces tuve una visión, después de mucho tiempo volví a tener otra. En ella estaba feliz, caminaba por la playa junto a mi padre y mi madre. Al fondo nos esperaba alguien, a medida que nos acercábamos podíamos ver mejor a aquella persona. Cuando ya estábamos muy cerca, mi padre paró y cambió el semblante mostrando desconcierto y miedo. Me fijé en aquella persona, era él... Dios-Demonio accediendo a mis propias visiones, tal vez sería la última alternativa para entrar en mi mente, para comunicarse con su única creación. Desde el primer instante en el que parecía que todo había acabado, un resquicio de frialdad recorría mi frente. Una alerta en forma de sirena interna me avisó, sabía que era imposible desbaratar los planes del Demonio, como la caída de la hoja de una guillotina esperaba el fin.

El sol seguía brillando mientras una leve brisa de aire me hacía indicar que la tranquilidad había llegado, señal de que la tempestad estaba muy cerca. Recuerdo lo bello que veía el mundo en ese momento. La felicidad colmaba el clima de la sociedad, como cual rayo sobre el ala de un 747 todo se apagó para comenzar a destruirse.

Su voz bajó entre las nubes, después llegó su cuerpo, me miró, me sonrió, me acarició y me mostró su aprecio antes de destruirme. Plasmó su cuerpo frente a mis ojos, por una vez lejos de oscuridad con un sol iluminándole pude apreciar toda su grandeza. Su tono de piel nacía del color de la ceniza más oscura del universo y el rojo más fogoso de la tierra. Sus brazos acompañaban tal majestuosidad, eran largos y robustos. Hablar de su cara es el punto más fuerte de su aspecto, tenía un poco de todo, un poco de terror, de furia, de dinamismo. Ojos color carbón, dentro de ellos un naufragio de almas negras se ahogaban en su odio. Tenía la boca repleta de colmillos afilados como espadas de color blanco perla. Sin duda sus cuernos eran lo más increíble, relucían negro mate, largos como ellos solos y con esa cierta ondulación.

- Tú no puedes estar aquí, ya no hay nada por lo que puedas existir – Repliqué mientras temblaba sobre aquella camilla.

- ¿Crees que me jugaría todo a una sola creación?

- Muchas veces pensé que no, aunque esperaba que este día nunca llegase.

- Pero llegó... - Dijo sin apenas pausa entre frase y frase.

Apagué el interruptor de mi alma y escapé a otra dimensión diferente. En ella me encontraba en

una colina con Billy a mi lado y con mi padre al otro. Casi podía sentirlos, era una dimensión que jamás existió, un vacío imposible de llenar. Predestinación desde mi nacimiento, condena a una vida infernal.

Ya no tenía perdón, todo había acabado. No tenía derechos, ni fuerzas, no podía recuperar todo lo que había quitado y mucho menos iba a sucumbir ante aquel demonio, pero tenía miedo de que pudiera volver a controlarme. Un sentimiento en forma de deber recorrió mi cuerpo. Abrí mis manos e hiqué mis garras en mi torso, una y otra vez, a la vez que reía, sentía como mis buenos sentimientos se enriquecían.

- A mí no me llevarás. Podrás llevártelos a ellos, pero a mí nunca podrás.
- ¿Qué sentido tiene que te mates? Sabes que hay muchos más como tú. Tú no eres imprescindible.
- Puede que no sirva, pero con no tenerme es más que suficiente para mí.

Sé que nunca podré reemplazar todo el daño que causé pero estoy dispuesto a pagar por cada uno de mis pecados, hasta el final.

Cerré aquel cuaderno, por fin terminé mi gran obra y a medida que la completaba empecé a cambiar, metamorfoseé todo lo que pude. El color púrpura de aquel cuaderno se reflejaba sobre mis ojos mientras percibía la textura de aquellas páginas aterciopeladas, eso fue lo último que sentí.

Agonizando entre sus propios pecados el ángel endemoniado dijo adiós a la tierra llevándose consigo todo el daño que causó. Años después la tierra fue tomada por aquellas criaturas.

FIN

Siempre que digan que te han contado todo es cuando debes estar seguro de algo...

Hay más.

SEGUNDA PARTE

CAPÍTULO 17

MICHAEL CARPENTER

Merrous Place, 1990.

- ¿Puede decir su nombre completo?
- Michael William Carpenter
- ¿Es usted psiquiatra del centro Merrous Place?
- Sí – Contesté asustado por aquel hombre del gobierno.
- ¿Conoce al asesino en serie Christian Matson?
- No, solo de la televisión.
- ¿Es cierto que tiene un paciente en este centro que parece ser él?
- Sí... Aunque no creo que lo sea, aún no he tratado directamente con él.
- Yo tampoco lo creo Sr Carpenter, aunque conoce cosas que yo necesito saber. Tiene que tener algo claro, cualquier información que oculte será un delito y pasará automáticamente a ser acusado por la agencia federal de investigación.
- No oculto nada, aún no nos ha dado tiempo de realizar una evaluación completa del paciente.
- En cuanto termine su trabajo Sr Carpenter, quiero que se ponga en contacto conmigo, no llame a nadie más, sólo a mí, tome mi tarjeta.
- Señor, no hay nombre en la tarjeta.
- No es necesario, ya se lo digo yo. Soy John Night detective del FBI. Lo único que debe hacer es llamar a ese número y yo le atenderé.

Aquel invierno fue la primera vez que vi a ese joven. Un guardia de seguridad lo arrastraba hasta la entrada del centro, mientras una mujer totalmente desesperada vociferaba a todo el mundo.

- ¡Que se lo lleven, no lo quiero cerca de mi casa! ¡Es un lunático! (gritaba mientras se echaba a llorar)

El doctor Carter la escuchaba mientras le pedía explicaciones.

- ¿Quién es usted? – preguntó Carter.
- Soy Anastasia Tucker, vivo en la urbanización Royal Street. Ese hombre me observa, me espía, está loco, ¡Incluso intentó atacarme!
- Esto es un centro psiquiátrico Sra Tucker.
- ¡Me da igual! ¡Intérnelo, aléjelo de nosotros! La policía no hace nada, sólo quiero que lo quitéis de en medio, no importa nada más.

Se marchó junto a aquel hombre de seguridad sin aportar ningún otro dato más, salvo su cuenta bancaria, mientras aquel sujeto yacía semiinconsciente.

Era un joven sin nombre, desgarbado, pálido y se notaba que en algún momento de su vida había sufrido de desnutrición. Solo sabía que vagaba por una urbanización privada obsesionado por una mujer que vivía allí. Nunca había sido tratado o al menos no lo parecía, decía no tener familia, amigos, no pudimos contactar con nadie. Estuvimos cerca de quitárnoslo de en medio, pero en un alarde de honestidad y sobre todo por los cheques de la Sra Tucker, decidimos ayudarlo.

Se le realizó una evaluación completa tanto psicológica como psiquiátrica. Diagnosticándole una esquizofrenia paranoide. Nunca olvidaré las breves charlas que compartimos, llegaban a ser muy realistas. Su capacidad de transmitir y de expresar sin apenas decir nada era fascinante, una mente única. Al principio de todo aquello dudábamos de que pudiera ser aquel asesino, pero luego se descartó. Presentaba una venda gruesa en su brazo derecho, al retirársela no tenía mano.

Lo mantuvimos sedado durante días, la policía investigó todo el caso. Habló con los vecinos de la zona, estos decían haberlo visto refugiarse en un antiguo edificio abandonado cercano a la urbanización privada. Se trataba de un edificio en ruinas que fue devastado por un gran incendio.

Recuerdo la primera vez que vi sus pertenencias eran un tanto peculiares. Presentaban un fuerte olor a basura y excrementos, algo no extraño contando con que había una antigua zona común usada como vertedero justo detrás de aquel edificio. Entre todas sus pertenencias me llamó la atención un cuaderno mugriento, lo abrí y me encontré con un caos, no cabían más palabras en cada una de sus páginas. Grandes textos se fusionaban con dibujos de cuerpos ensangrentados, la palabra «voz» se repetía una y otra vez. Solo pude echarle un vistazo rápido antes de ir a hablar con él.

En aquella primera conversación desde la misma camilla pude empezar a elucidar esa obsesión. Entre antipsicóticos y sedantes aquel sin nombre y yo pudimos hablar por primera vez. Le miré fijamente y ese joven habló sin ser preguntado.

- No puedes entenderlo
- ¿Qué no puedo entender?
- Nada...
- ¿A qué te refieres? – contesté contrariado.
- Soy el elegido, puedo desencadenar toda mi ira y toda mi agresividad con cualquiera y jamás sufriré ninguna consecuencia.
- Entiendo. Aquel joven había perdido el juicio, - pensé.

Realmente en ese momento no sabía nada de aquel sujeto, aunque no tardaría en empezar a

conocerlo, casi en su totalidad.

30 años atrás, recién licenciado y comenzando mi larga carrera en el centro psiquiátrico Merrous Place, me topé con mis primeros pacientes, los cuales no fueron nada fáciles. Recuerdo a algunos, como Melvin, Emily, Roger, aunque siempre a uno por encima de todos. Sully Green, borracho, adicto a la cocaína y maltratador. Parecía muy lógica la razón de su patología, sin embargo lo más fascinante de él estaba por descubrir, su historia.

Decía haber sido maldecido por un demonio que encontró en un campo de maíz, una historia totalmente surrealista pero que llamó mi atención. Esperaba un hijo el cual decía ser el hijo de aquel demonio. Lo diagnosticué con esquizofrenia paranoide, 6 meses más tarde fue dado de alta. Años después volvió con su hijo, quería que lo conociese. Trajo con él unos cuadernos en los que tenía hojas y hojas de escritos en los que había narrado todas sus vivencias, todas aquellas obsesiones sobre aquel demonio, sus conversaciones con él, bocetos de aquellos momentos.

Simplemente los guardé. Volví a reforzar la medicación y la terapia. Sin embargo, dentro de mí pensaba en ello y había veces que sentía como aquellos cuadernos me llamaban, necesitaba leerlos y eso hice. Estaban bien organizados, en ellos podía ver como la obsesión manejaba su vida y todo lo que pasaba lo relacionaba con aquel suceso.

Esa historia volvió a resurgir en mi mente en el momento que volví a revisar las pertenencias de aquel nuevo y desconocido paciente. Dentro de una pequeña mochila había una foto, eran un padre y un hijo. Tuve que fijarme varias veces porque al principio no podía creerlo. Era Sully Green y su hijo, el que era mi nuevo paciente.

Volví a la habitación e intenté hablar de nuevo con él, pero no quiso hablar, solo insistió en una frase.

- Sé quién eres.

Aunque todo tenía lógica y parecía que encajaba perfectamente, mi mente no me permitía creer en ello. Sentía que había algo mucho más que una esquizofrenia paranoide. Llamé al detective John Night y le informé de la situación:

- Habla (Contestó airadamente)
- Esquizofrenia Paranoide. Según la policía no existe ninguna relación con Christian Matson.
- Eso ya lo sabía.
- ¿Entonces? ¿Qué es lo que buscaba?
- Su diagnóstico. – Contestó de forma tajante.
- No lo necesitaba para nada, no es un sospechoso.
- ¿Ha visto ya el cuaderno?, ¿Los dibujos? ¿Qué le parece? – Preguntaba intrigado aquel siniestro detective.
- ¿Qué busca Sr Night? – Pregunté, intentando entender que se ocultaba en esta historia.
- Sr Carpenter, hay cosas para las que la humanidad no está preparada...
- ... - Me quedé mudo.
- No le dé más vueltas o acabará loco ¿Me oye?

Aquella llamada significó la mecha que encendió todo aquello que mi mente ya había empezado a quemar. ¿Qué pintaba el FBI en este tema? No era más que un simple lunático que heredó la locura de su padre o tal vez no...

Después de unos días de ausencia total en los que eliminé toda mi duda y toda mi imaginación acerca del caso, volví a aquella habitación y le conté todo lo que sabía de su padre. Aquel joven llevaba ya una semana con antipsicóticos. Cuando le volví a ver parecía que su oscuridad había

desaparecido, le pedí que me escribiera algo sobre su vida, que se definiera a sí mismo, y así lo hizo.

CAPÍTULO 18

1 PEDRO 5:8

Para inventar un mundo irreal siempre hay que saber distinguir lo que es real de lo que no lo es. No sé cómo he podido alcanzar un punto de tal enfermedad, estoy tan asustado que ni siquiera puedo articular palabra, ¿Qué me ha pasado? No supe ver cuando parar, hasta tal punto en el que ya se hizo demasiado tarde. La medicación me hace tener momentos de lucidez y en ellos observo la irrealidad de mis palabras, ¿Por qué no he podido ser uno más? Tengo tanto miedo en esta camilla, en esta habitación.

Soy un loco, un psicótico. Esa maldita personalidad que me ha estado destruyendo cada día de mi vida, los hechos que me llevaron a ella dilucidan mucho de lo que he creído contar.

No hace mucho tiempo tenía una vida normal, aunque mi infancia no está clara, ya que hay puntos en los que no sé qué me inventé y qué viví. Recuerdo mi amor por Elizabeth, todo lo que éramos y lo que pudimos ser, hasta que todo se acabó en un pozo de oscuridad en el cual aún me sumo.

Soy evidentemente un producto de este mundo, un prototipo de un ser que sucumbió a todo lo que le rodeaba. Un frustrado que no supo aceptar un fracaso y se unió a todo lo malo del mundo.

Yo soy mi propio ser, yo mismo habito en mí... Yo me destruyo.

Esa voz tan sólo es una metáfora que representa el miedo que hay en mí, la necesidad de crear mi propio antagonista para poder luchar contra mi miedo. Su voz es mi voz, sus representaciones la gente que me dañó y que yo mismo intenté matar y eliminar de mi mente, pero volvían a proyectarse para recordarme todo lo inservible que he sido. Fui una gran torre que seguía creciendo sabiendo que algún día todo eso se caería al igual que se construyó porque las cosas que se crean con miedo y odio no aguantan nunca.

Me culpo a mí mismo porque yo fui mi propio problema, yo me destruí. Hoy me encuentro así porque nunca supe encarar mis problemas.

- ¡Para! - grité, necesitaba respuestas.
- ¿Qué he hecho mal ahora doctor?
- Nada, solo quiero que dejes de escribir, tu padre era Sully Green. ¿Quién eres tú?
- Su hijo ¿No es así doctor?
- Llámame Michael.
- Sé quién es Sr Carpenter, le conozco...
- ¡Dime tu nombre!
- Me llamo Thomas Green, Sr Carpenter y no quiero estar aquí.
- Ya aceptamos tu caso antes, debes permanecer aquí.
- No vine por iniciativa propia Sr Carpenter, solo acabé aquí por Anastasia y su maldito

novio, no tengo que dar las gracias.

- Quiero que me cuentes qué has estado viendo y qué has sentido.
- Nada, me siento bien. Esta medicación es todo lo que necesito, ya no oigo nada, me siento un humano más.
- Me refiero a antes de todo esto Thomas, antes de que llegaras aquí.
- No recuerdo cuando llegué, ni tampoco tengo interés en revivir cosas que no existen ¿No doctor?
- Entiendo...
- Parece estar más interesado usted en mi historia que en que me cure Sr Carpenter. Ya es duro estar en esta cárcel, no me lo haga más difícil. Si quiere saber algo, ya tiene mi cuaderno ¿No?

Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar.

PEDRO 5:8

CAPÍTULO 19

EMILY HOPE

Merrous Place, 1982.

- No puedo evitar pensar en todo aquello, no se va doctor Carpenter, siento que me persigue – mientras su voz se apagaba.
- Es un proceso Emily, no te exijas más, estoy aquí para ayudarte, pero para ello debo saber todo lo que te hace sentir así.
- Él aparece, está en mi cabeza, no sé cómo sacarlo, me susurra pero yo no quiero escucharle. ¡Ayúdeme doctor Carpenter!
- Necesito que te relajes Emily, ¿Quién es él?
- ¡Shh! Nos oye, no quiero que sepa que hablamos de él – Sus ojos se abrían a medida que terminaba la frase.
- ¿Qué te hizo Emily?
- Dice que le conoce doctor Carpenter, que estuvo aquí cuando era un niño.
- ¿Qué quiere de ti ese hombre Emily? –pregunté, intentando ordenar su mente.
- ¡Lo quiere todo! –gritaba mientras pataleaba en la silla.
- ¡Necesito que te relajes Emily! – la intentaba agarrar pero seguía zarandeándose en la silla.
- ¡Le encontrará doctor Carpenter! ¡Todos pagaremos por nuestras acciones!

En ese momento cayó redonda al suelo, sus ojos se pusieron en blanco y comenzó a echar espuma por la boca. Pedí ayuda rápidamente, conseguimos sedarla y trasladarla a una habitación. Apareció en Merrous Place por su propio pie, receptiva y con ganas de venir a consulta, sin embargo acabó pareciendo que no quería estar aquí. Tardó dos días en estabilizarse fue ahí cuando decidí volver a intentarlo.

- Veo que ya estas más tranquila Emily.
- Sí doctor Carpenter, no sé qué me pasó me sentía distinta y no podía controlarme.
- Háblame de aquel hombre, ¿Qué pasó?
- No sé qué pasó, solo pasó y cuando fui a darme cuenta, mi vida ya nunca fue igual. – Respondió sin contestar a mi pregunta.
- Si no me dices qué pasó, no puedo ayudarte Emily – era obvio que no me quería contar nada.
- Fue mi novio, intentó matarme hace 3 años. – Sus ojos se perdieron en el horizonte de la habitación.
- ¿Qué es lo que hizo?
- Quiso ahogarme en un lago... - Se explicaba a la vez que sus manos comenzaron a temblar cada vez más rápido. No pudo conseguirlo, un hombre me sacó de aquel maletero. Aquel señor no dijo nada de porqué lo hacía solo me sacó y me llevó a mi casa.
- ¿Volviste a ver a tu novio?
- Físicamente no, aunque desde aquel momento siempre ha estado en mi mente, a veces siento que está con alguien más ahí dentro. Ese psicópata quería a mí bebé.
- ¿Tuvisteis un hijo?
- Lo di en adopción nada más nacer, eso fue hace 2 años. Ya estaba embarazada cuando intentó matarme.
- ¿Qué fue de su novio? ¿Lo detuvieron? – pregunté esperando encontrar alguna buena noticia.

- No, nadie sabe dónde está. – Contestó con desesperanza.
- ¿Has contado con el apoyo de tus padres?
- Mis padres murieron aquel mismo día doctor Carpenter. Un accidente de tráfico.
- Lo siento Emily – no esperaba aquella respuesta.
- Sabe doctor, mis padres estaban en aquel maletero... yo los vi, ya no respiraban.
- Emily me acabas de decir que murieron en un accidente de tráfico. – Contesté contrariado.
- Eso me dijo la policía cuando llegó a casa, pero ¡Yo los vi en el maletero! ¿Por qué no me cree doctor? – preguntó mientras comenzó a zarandear la silla de nuevo. ¡Créame! - gritó con todas sus fuerzas.

Volvió a perder el control. La conversación acabó ahí, había muchas preguntas sobre aquel caso, sin embargo no pude resolverlas. Tenía la esperanza de volver a verla en unos días, pero no fue posible. Emily Hope se escapó de Merrous Place al día siguiente.

Cuando me disponía a intentar localizarla, di sus datos a la policía pero no estaban registrados, no existía ninguna Emily Hope, era un nombre falso. ¿Qué razón le llevó a ello? – me pregunté, una de peso, seguro. Usó de apellido la palabra esperanza, pero era exactamente lo que había perdido.

En otoño de 1982 fue hallada muerta, no pude saber cómo murió, aunque lo sospechaba.

CAPÍTULO 20

CENIZAS

Merrous Place, 1990

Después de varias semanas las cosas se normalizaron en Merrous Place. El señor Green comenzó a comportarse de otra manera a pesar de que a veces seguía viendo algún comportamiento anormal aunque dentro de lo habitual en una mente psicótica como aquella.

Meses después comenzó a tener relación con otro paciente mío, George. Era un joven muy reservado que había ingresado tras oír voces que le pedían suicidarse, le faltaban pocas semanas para recibir el alta, ya que con la medicación los síntomas habían remitido satisfactoriamente. Sin embargo a medida que iba relacionándose más con Green, comenzó a empeorar de manera significativa.

Una noche George sufrió una crisis, comenzó de nuevo a oír voces. Acudí a su habitación y conseguí tranquilizarle. Cuando estaba a punto de marcharme, vi una libreta sobre su mesa, algo extraño ya que George no era mucho de escribir, la cogí sin que él se diese cuenta. Cuando llegué a mi despacho la abrí. Todo se volvió confuso, entré en shock, mi corazón se aceleró y no podía pensar con claridad. Abrí mi archivador y saqué los cuadernos de los Green. Tanto la letra como los dibujos eran exactamente los mismos.

Al día siguiente fui a la habitación de George y todo se tornó en algo aún más siniestro...

- Doctor no me encuentro bien...
- ¿Vuelves a oír las voces George?
- Sí, pero no son las mismas. Nada es lo mismo, esto es distinto, eso me conoce doctor, sabe quién soy. También sabe quién es usted.
- No te entiendo George.
- No es una voz doctor, es un ser...
- ¿Qué?
- Esta ahí detrás, en la sombra, me habla. Dice que quiere estar con nosotros...
- ¿Lo reconoces George? ¿Es un familiar tuyo?
- Es el demonio.

El caos invadió mi mente y Merrous Place volvió a convertirse en mi cárcel, así es como el señor Green la llamaba... Finalmente dejé el caso tanto del Sr Green como del Sr George. Su seguimiento fue llevado a cabo por el Sr Carter, el cual acabó dándole el alta a Thomas Green 8 meses después, un mes antes George se suicidó.

Tras aquel suceso, mi vida volvió a estabilizarse, fueron años tranquilos, aunque es cierto que

nunca tiré aquellos cuadernos, ni tampoco abandoné la idea definitivamente, sin duda, la respuesta del detective John Night guardaba un gran misterio.

Merrous Place, 1995

Dicen que unas simples cenizas pueden volver a encender un fuego aún más poderoso y vivo que el anterior. Yo no lo creía, aunque después tuve mis dudas.

Todo volvió, como el frío en invierno y la nieve en la montaña, Dios me salve de aquellos terroríficos recuerdos. Mis años de psiquiatra no eran suficiente para frenar el aluvión de miedos que ahondaban mis entrañas.

Cómo un simple corillo de chicos de prácticas despierta todos tus miedos como si nada los contuviese.

- Ya se ha ido – afirmó unos de los jóvenes del grupo. Ese lunático decía que tenía cuernos en la cabeza (mientras, todos reían)

Me acerqué apresuradamente y pregunté.

- ¿De qué habláis?
- Hola doctor Carpenter, un hombre vino asustado porque decía que tenía cuernos en la cabeza y colmillos, le había dado un fuerte brote, estaba registrado aquí, así que le di su medicación y se marchó.
- ¿Tienes su ficha?
- No, el fichero está en el despacho del doctor Carter. Era paciente suyo.

Corrí como una exhalación hacia aquel despacho, abrí la ficha y ahí estaba, Thomas Green, había vuelto a mi vida. Todos mis fantasmas, mis dudas, todo volvió a relucir en mi mente aún con más fuerza, fue ahí donde perdí el control. Decidí ir a buscarlo, registré todos mis ficheros hasta que encontré la dirección de aquella urbanización por la que vagaba.

Mientras andaba por allí, buscaba aquel famoso edificio abandonado pero no lo veía. Seguí buscando hasta que lo encontré detrás de la zona común que utilizaban como vertedero, lo usé como referencia para poder situarme y así lo hice.

Entré en el portal y subí las escaleras hasta la primera planta. Intenté entrar en uno de los pisos pero no pude abrir la puerta. Fue entonces cuando oí algo más abajo, en el sótano. Bajé las escaleras y vi aquella puerta, me resultaba familiar, era... como la del dibujo de todos aquellos cuadernos. Fue ahí cuando aquella frase retumbó en mis oídos «hay cosas para las que la humanidad no está preparada»

Todo olía a podrido, había miles de bolsas de basura esparcidas sobre el suelo derramando jugos de alimentos ya podridos, estaba bastante claro que ese era su alimento. Me fijé que en una de las paredes había una puerta dibujada, no tenía ningún sentido. Pero antes de acercarme...

Un fuerte olor a quemado invadió mi nariz y todo se oscureció como si un eclipse se estuviera produciendo a través de las pequeñas ventanas del sótano. Todo se calmó, me di la vuelta y fui a salir pero frente a mí había alguien. Al acercarme se hizo aún más grande, fijó sus ojos en mí, eran negros mientras que su piel era tan roja como la propia lava, sacaba la lengua mientras se relamía la dentadura.

Empecé a oír gritos a ambos lados del sótano y fue ahí cuando todos esos restos de alimentos se convirtieron en cadáveres que agonizaban mientras sus tripas se desprendían sobre el suelo.

Cuando volví a mirar hacia el frente, aquel ser ya no estaba y aquellos cuerpos volvían a ser basura desperdigada.

Nunca había salido tan rápido de un lugar, nunca había experimentado nada igual ¿Era acaso aquel ser el demonio? ¿Ese que representaba en sus escritos la familia Green?

CAPÍTULO 21

INSANIRE

La locura se asentó en mí, perdí el control, acabé perdiéndolo todo. El despacho se convirtió en mi propio sótano y todos aquellos cuadernos en toda mi vida, los leía una y otra vez sin parar. Me llamaban y sabían qué decirme, me embaucaban y yo sabía que en ellos había otro mundo que solo algunos podían dilucidar.

Buscaba datos, más información para complementar todo aquello, no me valían las conjeturas, quería hechos y los buscaba con toda mi alma. Apunté un nombre, alguien que podía significar algo en la vida de Thomas Green, ya sabía que Anastasia no podía ser, aquella vecina adinerada negó tener nada en común con él, pero me quedaba su primer amor, Elizabeth Tollins.

Busqué en la guía y encontré dos, una de ellas ya fallecida y otra no respondía a mis llamadas. Esperaba con todas mis ansias que aquella que no cogía el teléfono fuese la que buscaba. Apunté su dirección y me dirigí hacia allí.

Llegué pasada la tarde, aporreé la puerta varias veces pero nadie abrió, totalmente desesperado cogí mi tarjeta y la pasé por debajo de la puerta, en ella escribí una nota; «Por favor, llámame»

Desvanecido casi, me di la vuelta y me dispuse a montarme en el coche cuando vi a una mujer dirigirse a la casa. A medida que me acercaba, aquella mujer me resultaba más familiar.

- Hola, ¿Eres Elizabeth Tollins? – pregunté mientras mi mente insistía en porqué me sonaba tanto aquella mujer.
- Sí, ¿Quién es usted?
- Perdona, mi nombre es Michael Carpenter. Soy psiquiatra en el centro Merrous Place.
- ¡Ah! ¿Y qué quiere? – preguntó como si no le interesase lo que decía.
- Me gustaría hacerle unas preguntas sobre Thomas Green.
- ¿Ha muerto? – preguntó con cierto alivio
- No... al menos que yo sepa.
- ¿Qué quiere saber sobre ese ser?
- ¿Ser? - ¿A qué se referirá? pensé.
- ¿No sabe lo que pasó?
- La verdad es que no, Sra Tollins.
- Todo el mundo conocía a la familia Green y su historia. Aquel Demonio que les maldijo, ya me entiende.
- Bueno sí... Conozco esa historia, pero me gustaría saber cómo era su relación con Thomas Green.
- Al principio bien. Era un chico muy apuesto y detallista, no tenía nada que ver con el padre. Sin embargo supongo que esos genes estaban ahí aunque tardasen en florecer.
- ¿Qué quiere decir?
- Cambió, se volvió más distante, más reservado, siempre estaba pensativo, parecía que estaba tramando algo ¿Sabe?
- ¿Qué opinaban sus padres de la relación?
- No la aceptaban, eran muy tradicionales y la familia Green tenía mucha fama.
- ¿Cómo se lo tomó él?
- Mal. Fue a partir de una discusión con mis padres cuando todo se torció definitivamente provocando el tema ese.
- ¿Qué tema? – Pregunté.
- ¿No lo sabe?
- No... ¿Qué debo saber?- repliqué intrigado.
- Hubo una pelea. - titubeaba- Thomas se encaró con mi padre y sacó su navaja.
- ¿Pasó algo más?
- Intentó atacar a mi padre, yo no quería que le hiciese daño así que cogí un cuchillo de la cocina e intenté mediar, pero Thomas no parecía el mismo. Estaba endemoniado, tenía una fuerza sobrehumana, entonces levanté el cuchillo, quería quitarle la navaja pero la situación se complicó y le apuñalé.
- ¿Qué pasó después Sra Tollins?
- Llamamos a una ambulancia pero él se fue, desangrándose, esa parte de mi vida está borrosa.
- ¿Tuvo algún hijo con Thomas Green?
- No... aunque él siempre pensó que estuve embarazada y que tras nuestra fatídica ruptura lo acabé teniendo y dándolo en adopción.

- ¿Alguna vez le vio dibujar o escribir algo?
- Siempre estaba haciéndolo. Dibujaba cosas, pero no sé el qué, no me dejaba verlo, era muy siniestro. A veces sentía como si pudiese ser varias personas a la vez, era un ser inquietante.
- Gracias Sra Tollins
- ¿Ha pasado algo? ¿Ha hecho algo al final?
- ¿Por qué dice eso?
- Siempre me dio la sensación que en cualquier momento iba a desatar ese otro ser que llevaba dentro...

La conversación acabó ahí. Me volví hacia mi coche escuchando como el viento susurraba más dudas. No me creía la historia de Elizabeth Tollins, mientras me preguntaba en mi interior «¿Por qué me resulta tan familiar?».

Mi próximo objetivo era el psiquiatra Matthew Carter, al cual cedí el caso del Sr Green además del caso del Sr George. Al día siguiente tenía turno de mañana, tuve la suerte de coincidir con el horario del Sr Carter. Me acerqué a él con el fin de poder averiguar algo más sobre Thomas Green, pero aún me quedaban más sorpresas del día anterior.

- Buenos días Matthew, me gustaría hacerte unas preguntas sobre un paciente.
- Claro, pero antes necesito que hables con aquella mujer (mientras la señalaba con disimulo), está preguntando por ti.
- Perfecto, luego te veo y hablamos.

Mientras me acercaba a aquella mujer, otra más mayor se cruzó en mi camino. Detrás Matthew me señalaba a la otra mujer.

- ¿Michael por qué te paras? La señora está esperándote.
- Un momento. Le contesto a esta señora y voy.
- ¿Qué señora? preguntaba- mientras se marchaba contrariado.

Una mujer mayor no muy lejos de mi edad, me esperaba frente a frente, naturalmente la atendí primero para ver qué es lo que necesitaba.

- Hola buenos días, soy el doctor Carpenter ¿Qué necesita?
- Hola Sr Carpenter, creo que es usted quien me busca a mí.

En ese momento sacó mi tarjeta de su bolsillo y me la mostró.

- Estaba sobre el suelo de mi entrada.
- Sí, la dejé ayer. Estaba buscando a su hija, Elizabeth.
- ¿Por qué?
- Quería hacerle unas preguntas sobre Thomas Green.
- ¿Ha muerto? - preguntó con el mismo sentimiento de alivio que su hija.
- Que yo sepa no, ¿Podría responderme a algunas preguntas Sr Tollins?
- Sí, pero llámame Verónica, no soporto lo de señora.
- Perfecto, no hay problema – afirmé mientras me relajaba esperando alguna evidencia que me hiciera saber más.
- Sea breve doctor Carpenter, tengo prisa.
- Lo seré. ¿Su hija estuvo embarazada de Thomas Green?
- ¿Qué pregunta es esa? de todos modos no sé cómo no lo sabe ya. Todo el pueblo sabía lo de Thomas y mi hija y lo que pasó después aún más.
- ¿Se refiere al suceso con el cuchillo?
- Claro que me refiero a eso. Ese mal nacido iba a matar a mi marido, lo veía en sus

ojos. Esa maldita familia Green, no hay uno que esté cuerdo.

- ¿Después de aquello supo algo más de él?
- ¿Que si supimos algo más de él? ¿Me toma el pelo?, toda esa pesadilla empezó a raíz de aquello. Yo nunca le volví a ver, pero Elizabeth decía que ella sí lo veía y que no la dejaba en paz.
- Pero... ¿Tuvieron un bebé?
- ¿No se lo acabo de decir? ¿No me oye?
- ¿Qué pasó con el bebé?
- Lo dio en adopción antes de que ese malnacido pudiera saberlo.
- Sr Tollins ayer cuando hablé...
- ¡No me llamé señora Tollins!
- Perdón, quiero decir que ayer cuando hablé con su hija ella me negó que hubiese tenido un hijo.
- ¿Que habló con quién?
- Con su hija justamente en la entrada de su casa cuando me iba después de dejarle la tarjeta.
- Sr Carpenter, mi hija está muerta.
- Pero, yo...

Mientras balbuceaba sin encontrar una palabra exacta que poder vocalizar, aquella señora desorganizaba su bolso de un lado a otro buscando algo.

- ¿Qué busca Verónica?
- Esto- afirmó mientras una arrugada foto salía de su bolso. Esta es mi hija, Elizabeth Tollins, ¿Era esta Sr Carpenter? ¿Lo era?
- No... yo estaba confuso...

Agarró la foto y la volvió a guardar en su bolso totalmente desorganizado mientras me miraba con odio.

- ¿Sabe lo que no entiendo de la calaña como usted Sr Carpenter?
- ¿Qué?
- Vais por el mundo predicando que ayudáis a la gente, que la comprendéis, que sabéis qué hacer con esos problemas. Sin embargo cuando de verdad se necesita vuestra ayuda, no hacéis vuestro trabajo y cuando ya nada tiene solución os interesáis. Llega tarde muchos años Sr Carpenter, ¡Sus preguntas llegan tarde!

Se dio la vuelta mientras seguía increpándome a medida que se acercaba a la puerta.

- ¡Os odio a todos! ¡A todos!
- ¿¡Cómo murió su hija Sra Tollins!? – Gritaba con todas mis fuerzas, mientras ella se alejaba.
- ¡Búsquelo en sus malditos informes! ¡Búsquelo!
- ¿En qué informe? – pensaba mientras mi mente se confundía aún más.

No pude reaccionar, fue rápido. En un instante la tenía delante de mí mirándome fijamente, no podía abrir más sus ojos, Verónica Tollins me intimidaba con su mirada mientras cerraba los puños como si fuese a golpearme.

- Yo le conozco, Sr Carpenter, le conozco, todos le conocemos. Sabemos bien quién es de verdad, sé que trama con los Green, lo sé todo...
- ¡Usted no me conoce!
- Te equivocas, el único que aún no sabe quién es, es ¡USTED!

Desapareció, se fue igual que llegó, en silencio, sin llamar la atención. El intervalo entre su llegada y su partida fue tan intenso que de nuevo sentía que toda mi vida acababa de salir de un túnel negro al que volvería a entrar.

La foto de Elizabeth Tollins se incrustó en mis pensamientos, no había duda, la chica con la que hablé, la chica que me resultaba tan familiar.

Era ella.

CAPÍTULO 22

MERROUS PLACE

Estuvo tan cerca. Fui a buscarlo sin saber que él ya me había encontrado a mí...

Los cristales caían al suelo desde la segunda planta, mientras todas las sirenas del centro sonaban. No era la primera vez que un cristal se rompía, ni tampoco la primera que un paciente se tiraba desde el edificio. Algunos veían a sus familiares, otros escapaban de sus miedos y otros simplemente se intentaban suicidar. Pero aquel que se tiró, ese no era un paciente normal.

Thomas Green nunca abandonó Merrous Place, nunca salió por aquella puerta como aquel becario me contó. Thomas Green requirió ayuda en la puerta del centro y fue ingresado por su mal estado de salud.

Ahora yacía sobre el suelo del patio interior, aparentemente sin vida. Sin embargo no todos mueren desde una altura de dos pisos, Thomas Green no era de los que se van tan fácil.

Horas después ya estaba despierto en su habitación como si nada hubiera pasado, esa aura oscura parecía que lo protegía. Pasé a verlo, desde la ventanilla de la puerta lo observaba mientras él me miraba fijamente. Podía escucharlo incluso desde fuera de la habitación, sentía que ya había conseguido entrar en mi mente.

- ¿Por qué te has tirado?
- Buscaba a mi hijo, estaba ahí fuera. Quería verle, no me dejaron conocerlo.
- ¿Lo pudiste ver? – pregunté irónicamente.
- Lo maté
- ¿Qué?
- Que lo maté, era un maldito demonio y lo tuve que matar.
- Tú nunca lo conociste.
- ¿Así? ¿Eso cree Sr Carpenter?
- Eso creo.
- Cree demasiadas cosas equivocadas.
- Estuve en tu sótano Thomas. Vi toda esa mierda acumulada.
- ¿Le vio?
- ¿A quién?
- A quien fue a buscar.
- Fui a buscarte a ti, ¡Maldito lunático!
- Sé que le vio.
- No vi a nadie. –repliqué nuevamente.
- ¿Tampoco vio todos esos muertos?
- ... - me quedé mudo.
- ¿Cree en otros mundos Sr Carpenter?

- ¿Qué quieres decir Thomas?
- En otras realidades...
- No, ¡Deja de jugar con mi mente! – grité desesperado, mientras él seguía hablando.
- El mundo es complejo, está lleno de variantes, de posibilidades, el hecho de no estar capacitado para poder apreciar la verdadera realidad, provoca su simplificación. La mayoría de las personas ve los mismos resultados, pero no conocen el verdadero proceso que da lugar a ellos. Usted está en medio Sr Carpenter, en medio de dos mundos, se zarandea a ambos lados a punto de caer. Observando el mismo final, pero apreciando el proceso desde dos caminos distintos. Es un privilegiado.
- No estoy entre dos mundos Thomas, es tu mente la que no sabe cuál es el real, si el que tú ves o el que vemos todos los demás.
- ¿Y por qué mi mundo no es real? ¿Acaso usted puede negar lo que no ve?
- Ese mundo no existe más allá de tu mente.
- Siento como cree estar maldecido, como percibe esa angustia y esa obsesión desde que mi padre entró en Merrous Place.
- ¿Por qué todos los que se acercan a ti acaban muertos Thomas?
- ¿Suicidándose quiere decir Sr Carpenter? George, Elizabeth...
- ¿Elizabeth?
- Es peligroso ocultarse de mí Sr Carpenter, puede acabar muy mal... Tuvo que pagar por ello, ¿No le gustó la historia que le contó? No pensaba que llevarla en el maletero con los cadáveres de sus padres fueran tan traumático.
- Ella no me habló de eso.
- No me refiero a sus visiones de la familia Tollins Sr Carpenter, estoy hablando de su antigua paciente, ¿No la recuerda? No puedo entender como alguien que solo se cambia el nombre y se tinta el pelo puede pasar tan desapercibida.
- ¿Qué? - ¿A qué te refieres?
- Elizabeth fue su paciente Sr Carpenter, vino a pedirle ayuda porque yo la acosaba dentro de su mente. Hay que ser muy patética para ponerse un apellido falso y que sea Hope.
- Emily Hope... - Balbuceé mientras todo se conectaba en mi mente cada vez más.
- Veo que no es tan lento como me imaginaba.
- ¿Quién eres realmente Thomas? – pregunté de nuevo mientras mi cerebro ya no daba para más conversación.
- Yo sé quién soy y sé quién es usted Sr Carpenter. ¿Y usted sabe quién es?
- Contesta a la puta pregunta...
- Soy un elegido igual que usted. Aunque no con el mismo fin.

En ese momento su cuerpo comenzó a mutar. Pude ver como unos cuernos aparecían a través de su cráneo, como los colmillos sobresalían de su boca, mientras me señalaba la esquina de la habitación con unas largas uñas negras, no sé cuánto duró, solo sé que pasó. Cuando miré hacia allá, lo vi, ahí estaba de nuevo como una esfinge, proyectando sus ojos en mí, ¿El mismísimo demonio estaba en Merrous Place o quizá nunca se había ido?

- Sr Carpenter, ¿Se encuentra bien?
- No... - empecé a ver borroso y apenas podía articular palabra, notaba un gran peso sobre mi cuerpo.
- Nunca lo elegimos Sr Carpenter, simplemente pasó así. Llámelo maldición, virtud,

poder o como quiera.

- No vas a conseguir volverme loco como a George. Thomas, no voy a suicidarme.
- Está maldito Sr Carpenter, está en medio de una guerra y no puede elegir. Se ve usted muy superior siendo el psiquiatra y dejando a todos de locos mientras creen ver y escuchar cosas que según usted nunca pasan. Pero esta vez no, esta vez está al otro lado de la silla Sr Carpenter.
- ¡Vete al puto infierno! – grité con todas mis fuerzas.
- Ya estoy allí Sr Carpenter.
- ... - no podía creerlo, pensé.
- Al fin y al cabo Sr Carpenter, usted y yo no somos tan distintos.

Mi cuerpo sucumbió ante tal conversación. Comencé a marearme y dejé de sentir mis brazos, estaba a punto de perder el control, finalmente me levanté de la silla y salí de la habitación.

Después de aquello, jamás volví a recuperar la compostura, el orden o la racionalidad. Ese maldito psicópata era capaz de enfermar cualquier mente, incluso aquellas preparadas para sanar.

Me alejé de Merrous Place cuanto pude. Necesitaba descansar y tampoco estaba preparado psicológicamente para poder aportar nada positivo a nadie.

CAPÍTULO 23

PENITENCIA

Todo aquello no me pillaba por sorpresa, todas esas obsesiones no eran nuevas, nunca fueron tan intensas pero ya existían. Sully Green, ese malnacido trajo consigo aquella maldición, sé que fue él quien tocó mi mente desde el principio. Su puta condena se convirtió en la mía, aquella familia asquerosa enturbiaba cada cosa que tocaba.

No tardé más de una semana en mandar a alguien a por aquellos cuadernos, necesitaba leerlos, buscar alguna incongruencia en ellos que me hiciera dejar de creer. No podía quitarme de la cabeza cada parte de sus historias, cada frase de aquellos cuadernos alimentaba más mi obsesión, mientras sentía que me volvía más loco.

Empecé a ver visiones, ya no era una aislada como la de Elizabeth, eran más continuadas, una a la semana, dos e incluso tres. Cada cuaderno de Sully Green era más y más profundo, podía sentir su angustia, su presión a cada petición de aquel ser.

Este Demonio me reta a cada segundo, luché por no cumplir su último mandamiento, asesinar a mi esposa. Intenté liberarla de esto, empujarla a salir de aquí lo más rápido posible, gracias a la bendición de Dios me escuchó y finalmente sé que partió de aquí. Sin embargo dentro de mí sé que está maldecida y que allá donde vaya siempre la acompañará.

No la puede matar físicamente, pero encontrará la manera de que ella misma acabe con su vida. No tiene piedad, no entiende de perdón ni valor; sabe que su voluntad no tiene ningún fin ni límite.

Página 222:

No puedo más, mi carga cada día es más pesada, tengo a mi hijo durmiendo a mi lado mientras pienso en si es o no ese ángel que parece ser. Hay momentos en los cuáles puedo ver más allá de su inocencia, puedo sentir esos pensamientos impuros y esa sed de sangre.

La tentación de hacer algo con ello me envenena ¿Qué debo de hacer? dentro de mí quiero acabar con su vida, hacerlo desaparecer ahora que puedo. Eso podría significar evitar todo el daño que pueda llegar a ocasionar.

Página 250:

Necesito visitar a mi antiguo doctor, el Sr Carpenter, él me ayudó cuando todo esto aún no había pasado. Escuchó cada parte de mi historia, me apoyó e intentó eliminar todos aquellos pensamientos de mi mente. Sin embargo su buena fe desconocía la gravedad de la situación, le confiaré cada parte de mi historia, cada cuaderno escrito con mi puño y letra, aunque eso signifique condenarlo a esta maldición.

Después dejaré a Thomas con unos ancianos que aceptaron cuidarlo, ya no puedo soportar más su estancia aquí. Siento que el deber me obliga a matarlo con mis propias manos y aunque sé que es lo correcto no puedo hacerlo. Aunque sea un demonio sigue siendo mi hijo.

Sin duda aquella condena se quedó conmigo mientras cada una de sus palabras se clavaba en mi mente y la penitencia se hacía más larga. Aquel ser me acompañaba, así lo sentía.

Las visiones se proyectaban sobre mi sillón de cuero. Se mecía durante horas mientras yo le ignoraba, hasta que ya no podía más. Le miraba y él me miraba, seguía haciendo mella en mi mente, en cada parte de mis pensamientos más fuertes, él los debilitaba con solo estar, una carrera de fondo en la que sólo uno se desgastaba.

- Sé que puedes oírme Michael.
- ¿Por qué yo? ¿Por qué quieres destruirme?
- Sé quién eres...
- No te basta con poseer y destruir a Thomas, ¿También me quieres a mí?
- Thomas es un elegido, tú no eres nada, solo un viejo loco...
- No vas a conseguir que me suicide.
- ¿Para qué acabar contigo ya? quiero verte sufrir aún más.
- No me importa morir, solo quiero saber más. Entender porqué estoy maldito, ¿Por qué soy parte de esto?
- Nadie se interpone en el plan del demonio, ¡Nadie! ¿Creías que podías eliminarme de la mente de Sully?
- ¿Fue eso? ¿Hacer mi trabajo fue lo que hice? ¿Qué importancia tiene? Todo salió a tu antojo.
- Me ralentizaste. Alejaste a Sully de Thomas y pusiste todo en peligro. Luego también lo hiciste con Thomas, aunque en su mente mi poder era más fuerte.

Arrodillado sobre la alfombra del salón mientras la mano del demonio se apoyaba sobre mi cabeza, sentía como el aire me faltaba, como la vida se escapaba entre los dedos de su mano. Desnudo ante el final de lo que podía ser mi vida, todo se abrió a ambos lados de la habitación, una luz cegadora me iluminó y todo se apagó.

Mis ojos, doloridos de aquella luz tan intensa no lograban enfocar nada. Aquella nueva oscuridad tampoco me ayudaba, a medida que los minutos pasaban conseguí recuperar mi vista y enfocar mejor. Todo estaba oscuro, pero podía dilucidar entre aquellas sombras que no estaba en mi salón. Percibía un calor arduo, el aire del ambiente era pesado, me costaba respirar. Noté como algo tocaba mi pie y a la vez tiraba de él, una leve voz repetía mi nombre, entonces miré al suelo, una señora estaba tirada en él zarandeándome el pie mientras decía mi nombre una y otra vez. Mi corazón se paró durante un segundo mientras mi cerebro intentaba asimilar aquella imagen.

Era la Sra Tollins, balbuceaba, pero no podía entenderla, aquella mujer no paraba de vomitar agua. Su cuerpo estaba pálido, mojado, ¿Qué estaba pasando? miré a mí alrededor y cientos de cuerpos yacían en el suelo, agonizando, quejándose, sus respiraciones eran parejas, sensibles y reducidas.

Deseaba salir de allí pero no podía, me sentía atrapado, solo. Localicé una puerta a lo lejos. A medida que intentaba acercarme, aquellos cuerpos agarraban mis pies dificultándome llegar a ella.

A centímetros de la puerta noté algo extraño, no parecía una puerta real. Me di cuenta de que no tenía relieve. Tocaba la pared y no notaba ningún picaporte. No podía creerlo, estaba en aquel sótano de nuevo, era el dibujo de una puerta.

Los cuerpos se arrastraban hacia mí y yo no podía hacer nada al respecto. El pánico me invadía y sentía que el fin estaba cerca, cuando de repente aquel dibujo cobró vida y la puerta se abrió.

Una luz tenue iluminó la habitación, había un pasillo enorme con puertas a ambos lados. Me

acerqué a una de ellas e intenté abrirla, apenas pude moverla, pesaba muchísimo. Usé toda mi fuerza y conseguí abrirla poco a poco. Cuando por fin entré, otra luz tenue iluminó la habitación. Había una mesa, en ella varios cadáveres yacían. Parecía que acababan de morir, su piel aún estaba un poco caliente a pesar del frío que allí hacía.

Acto seguido un grito endemoniado se escuchó en aquel lugar, decidí salir de la habitación para averiguar de dónde procedía. Al fondo de aquel pasillo, una luz parpadeaba y el sonido se hacía más incesante. A escasos metros podía imaginar qué acción lo producía, mis ojos captaron lo que allí pasaba. Un demonio se alimentaba de un cadáver como un perro de un trozo de carne, con ansia y falta de modales lo engullía como si le fuese la vida en ello. Fue en ese momento cuando se percató de mi presencia. Sus ojos conectaron con los míos, paró de comer y empezó a andar hacia mí mientras su forma demoníaca menguaba hasta volverse humana.

Un aspecto humano que yo conocía. Thomas Green corría hacia mí mientras aquel pasillo se volvía a iluminar metro a metro. Se aproximaba cada vez más, no podía reaccionar, cada parte de mi cuerpo permanecía inmóvil, aunque finalmente pude retomar la marcha. A escasos centímetros de encontrarnos logré salir por aquella puerta. De nuevo todo a mí alrededor se apagó y desaparecí de aquel lugar.

Yacía de rodillas en mi alfombra, era la primera vez que una visión se volvía tan real, crucé la línea de mi propia dimensión o eso creía. En ese momento un sobre cayó por la ranura de correo de mi puerta. Podía apreciar las iniciales del sobre desde lejos, TG.

CAPÍTULO 24

COLAPSO

Cogí el sobre y lo abrí, un cuaderno de color púrpura se encontraba en su interior. Me puse a ojearlo por encima, todo estaba muy ordenado, limpio y claro, no concordaba con Thomas Green. El cuaderno que me trajo la policía era sucio y desordenado, aquel en cambio parecía hecho para ser publicado. El principio era similar a su antiguo cuaderno, de hecho al compararlo con el antiguo que tenía en casa vi que eran exactamente iguales.

Empecé a leerlo. Era corto pero espeso, contaba mucho en muy pocas palabras, parecían metáforas, hechos que deseaba que pasasen, podía apreciarse una grave patología mental. Sin embargo después de todo aquello, un diagnóstico tan sólo se quedaba en algo anecdótico.

¿Era aquella realidad que visité el lugar del que hablaba Thomas Green? No había duda, lo era. Cada parte encajaba con lo que yo había vivido.

Cuando llegué al final de aquel cuaderno no pude entender que pasó, ¿Acaso Thomas Green había muerto? jamás podría creer en ello. Una nota cayó de su última página, en ella ponía mi nombre.

«Esta es mi historia Sr Carpenter, ¿Cuál es la suya?»

Esa maldición ya estaba dentro de mí, no había ninguna duda de que podrían hacer conmigo lo que quisieran. Aquel cuaderno me liberó de alguna manera, sentía como todas aquellas cadenas se habían soltado. Toda mi vida intenté no aceptar lo que hace 35 años Sully Green trajo a mi vida, pero finalmente lo comprendí y sobre todo, lo acepté. Ya era demasiado tarde para volver atrás.

Soy un viejo ya, he vivido mucho, el hecho de no haber tenido familia, era el bálsamo que me quedaba, no condenar a ningún ser querido a este mísero destino, la maldición se quedaba en mí, o al menos era el consuelo en el que quería creer.

Aunque mi realidad se había visto agitada por otra que apenas pude percibir, no iba a sucumbir tan rápido. El suicidio no era mi camino, sabía que había perdido la guerra pero al menos si querían matarme tendrían que hacerlo con sus propias manos.

Grité su nombre una y otra vez pero no quería aparecer, tarde o temprano volvería y tendría que hacerlo o sino su maldición tan sólo sería un chiste de mala muerte.

- ¡Eh! ¡Hijo de puta! ¿Crees que vas a conseguir que me suicide? ¡No soy tan blando!
¡Vas a tener que venir tú mismo aquí y acabar conmigo!

En ocasiones podía apreciar su aura y en otras observarlo sentado sobre mi sillón mirándome. Estaba claro que tenía todo el tiempo del mundo para hacerme dudar. Los días pasaban y mi fuerza psicológica ya flaqueaba. No distinguía qué hacía, a veces me encontraba haciendo cosas que no recordaba haber empezado. Tomaba pastillas sin parar, intentaba inhibir sus ataques, todos sus intentos. Dios me salve de esta condena o al menos me lleve dignamente hacia su luz.

TERCERA PARTE

CAPÍTULO 25

JOHN NIGHT

Nací en 1945 en Royal Grown State, era un pequeño pueblo del norte. Mi sueño de convertirme en detective partió de aquí. Todo comenzó cuando era un adolescente, siempre fui un fan de los extraterrestres, de todos aquellos sucesos que no pudiesen explicarse.

Una noche mientras observaba las estrellas, un suceso que presencié cambió toda mi vida. Algo volaba zigzagueando sobre el cielo, no podía identificar qué era, solo sé que era alargado, tal vez alado. Finalmente descendió sobre los campos de maíz de Royal Street provocando un gran estruendo, no podía dejar aquello de lado, rápidamente cogí mi bicicleta y pedaleé hasta allí.

A mitad de camino un rayo cayó en la misma zona, haciendo aún más difícil identificar el lugar exacto, ya que el terreno era muy extenso, sin embargo cuando estaba muy cerca todo se aclaró. Un gran cráter se encontraba en mitad de un campo de maíz ¿Cayó acaso ese rayo justo sobre lo que vi o sólo provocó aquel enorme agujero? Sin duda aquella pregunta me convirtió en el detective que hoy soy.

La relación profesional con la familia Green fue una mera casualidad, una conexión gestada desde el más allá.

Llevaba 5 años de policía secreto en el cuerpo de investigación de homicidios de Royal Grown State, cuando un miembro muy respetado del pueblo me pidió un favor. Mauricio Tollins siempre fue muy querido, hizo grandes donaciones, ayudó a mejorar las instalaciones y el equipamiento de toda la policía por lo que no pude negarme. Fue una reunión que nunca olvidaré. Me acerqué a su casa una tarde de verano, estaban a punto de dar las vacaciones escolares, un calor intenso podía apreciarse mientras un enorme atasco me retuvo. Cuando llegué aquel hombre me esperaba en la puerta, salí de mi coche y fui hacia él.

- Buenas tardes Sr Tollins, soy John Night.
- Buenas tardes, pase dentro por favor.

Pasé hacia el interior de la casa, me asomé a su salita donde una joven y su madre dialogaban en tono bajo. Buenas tardes, dije.

- Siéntese aquí –dijo el Sr Tollins, mientras su semblante se volvía más serio, ¿Tiene usted hijos Sr Night?
- No –negué rotundamente, no esperaba esa pregunta.
- Bueno, imaginará lo valioso que es para un padre tener un hijo.
- Por su puesto, un hijo es una bendición que hay que proteger con uñas y dientes Sr Tollins.
- Exacto, eso mismo pienso yo. ¿Conoce usted a la familia Green?
- No me suena.
- ¡Qué extraño! Mucha gente los conoce en este pueblo, sus historias son famosas, sobre todo la del demonio que salía de la tierra, (entre sus palabras podía percibirse cierto tono burlesco) son gente despreciable, inmunda, drogadictos y lunáticos ¿Sabe?
- ¿Qué historia dice? – Pregunté contrariado.
- Ese chalado, Sully. Decía que una noche mientras daba de comer a sus perros escuchó un golpe como si algo hubiese caído sobre el campo de maíz que había detrás de su casa. Una historia absurda, pero el problema no es él, sino su hijo.
- ¿Demonio? ¿A qué se refiere? – Pregunté absorto por aquella historia.
- Decía que había un túnel debajo de aquel campo de maíz hacia el infierno ¿¡Se lo puede creer!? Estaba mal de la azotea.
- ¿Dónde puedo encontrar a su hijo? ¿Sabe dónde vive la familia Green? – Pregunté de forma seguida (¡Tenía demasiadas preguntas!)
- En realidad ya no, no veo a esa familia desde hace años. Desaparecieron como si hubiesen sido borrados. El hijo fue adoptado por una familia de ancianos que viven en una granja a 2 kilómetros de aquí. El caso es que sé que hoy ha quedado con mi hija. Quiero que lo siga, que lo observe y lo acojone
- ¿Sabe el nombre del joven?
- Sí, se llama Thomas Green.

Aquella historia fue lo más interesante de la conversación, el Sr Tollins tan sólo era un padre experto en prejuizar. Ese campo de maíz, aquella cosa que vi caer, ¿Podía ser aquel cráter el túnel del que hablaba el Sr Green? Me hacía más preguntas a la vez que sacaba algunas conclusiones pero me era difícil con el volumen tan alto de aquella televisión. Cuando el Sr Tollins volvió a hablarme.

- Mire ¿Lo ve? ¡Dios que llamas! no va a quedar nada de ese edificio. Que se jodan esos

pijos de Royal Street.

- ¿Royal Street? ¿No era esa la zona de los campos de maíz del pueblo?
- No lo sé, creo que sí –Dijo con cierta duda

Salí de aquella casa sin decir nada, nunca pensé que al entrar allí mi vida iba a cambiar para siempre. Sully Green, que también vio algo en aquel campo de maíz, se convirtió en un enigma para mí. Había desaparecido de la faz de la tierra, pero tenía a su hijo, Thomas Green.

- Sé dónde está Sr Night, lo he localizado en la carretera y lo he seguido.
- ¿Estás seguro que era él, Mick?
- Totalmente seguro. Le paré para una inspección - afirmó sin un atisbo de duda.
- ¿Dónde vive? – pregunté con mucha intriga.
- No se lo va a creer. Se metió en el edificio Farmer Corns.
- ¿¡Qué tendrá ese lugar!?! - me pregunté asombrado. El infierno, contestó mi mente.

CAPÍTULO 26

FARMER CORNS

- La palabra de Dios es el único camino, en ella el hombre debe creer, predicarla es su destino.
- Supuestamente Dios es nuestro protector pero, ¿Dónde está cuando la muerte nos acecha?

Apagué la televisión, no podía seguir aguantando aquel estúpido programa. Habían pasado 6 meses desde aquella reunión con Mauricio Tollins, sin embargo la historia de Sully Green no se me quitaba de la cabeza. Solicité información acerca de aquel campo de maíz y si de verdad ese edificio fue construido en la misma zona. Contaba con un policía joven que acababa de entrar en el cuerpo, su nombre era Mick Graham, él me consiguió todo lo que necesitaba saber.

El edificio Farmer Corns fue construido un año después del suceso del campo de maíz y además ocupó su ubicación real ¿Descansaba aquel edificio sobre un túnel hacia el infierno? Parecía increíble, pero no creía que fuese tan descabellado pensar en ello.

El incendio comenzó en las plantas superiores y bajó hasta la primera planta, dejando casi intactos el primer piso y el sótano. Todo comenzó por la explosión de una bombona de gas. Un vecino mayor, el Sr Rutter Malcovich reventó todo a su paso, quería suicidarse pero lo quería hacer a lo grande. En un principio aquel edificio estaba destinado a todos los trabajadores de la urbanización privada Royal Street. En ella desempeñaban muchas funciones, desde jardinería hasta mantenimiento de zonas comunes, esa urbanización era inmensa y necesitaba mucho cuidado.

Toda la información entraba en mi mente y era irremediable que no relacionase aquel suceso con el demonio, nada que se construya sobre un portal hacia el infierno puede ser fructífero. No podía quedarme así tenía que ir a verlo.

Llegué pasadas las 5 de la tarde. En aquel lugar aún se mantenía ese olor a quemado, una sensación extraña me empezó a perturbar, sentía dificultades para respirar. A medida que me acercaba esa sensación se hacía más intensa. Al levantar la mirada vi una pequeña construcción justo detrás del edificio tenía un gran cartel a la entrada en el que se podía leer; «La Fábrica» me llamó la atención porque desde luego no era una fábrica como tal, parecía un simple nombre. Me adentré en él, su acceso principal era un gran portón, caminé aproximadamente 5 segundos, a ambos lados había dos grandes habitaciones, una de ellas era una cocina, la otra una lavandería. Al fondo había unas escaleras, me dispuse a bajarlas. Un fuerte olor hizo que se me saltasen las lágrimas, era asqueroso. Dos grandes cubas estaban repletas de basura, aquel lugar no era más que una zona común de Royal Street, un comedor, una tintorería y un vertedero para todos los vecinos.

Salí de allí dirección a mi coche, no había nada más que no supiera ya de aquel lugar. Pensé en entrar en aquel amasijo de hierros pero el edificio no parecía estable, pensaba que en cualquier momento podía venirse abajo, sin embargo cuando ya estaba montándome en el coche cambié de opinión. Me dirigía hacia la puerta cuando una voz se escuchó a lo lejos.

- ¿John Night? –preguntó con cierta duda.
- Sí soy yo, ¿Qué hace usted aquí? – repliqué con asombro.
- Le traigo una carta Sr Night, tome.
- Gracias - la cogí extrañado.

Aquel hombre se dio la vuelta y se disponía a irse cuando le hice una pregunta.

- ¿Cómo sabía dónde estaba? – era imposible que lo supiera.
- Estuve en la comisaría y el Sr Graham me dijo que estaría aquí.
- ¡Ah! perfecto, gracias. – Dije mientras seguía sin creerlo.

No me encajaba aquella historia, entonces vi el sello de la carta. El Buró Federal de Investigaciones (FBI). Me habían seleccionado, el sueño de investigar de forma oficial casos paranormales estaba aún más cerca. Me monté en mi coche y me dirigí a la comisaría mientras el inmenso cartel de la urbanización Royal Street quedaba atrás.

- Hola Mick, gracias por la carta, supongo que... ¡Ya lo sabrás! - insinué con una gran sonrisa en mi boca.
- ¿Saber el qué? – preguntó pareciendo no saber de qué hablaba.
- Lo de mi ingreso al FBI.
- ¿¡Enserio!?! ¡Increíble! Me alegro mucho John.
- ¡Cómo no vas a saberlo! si me enviaste al cartero con la carta, ¿No viste el sello? ¡No me jodas!
- John, no sé de qué me estás hablando. No le dije a nadie que estabas en Royal Street, no era oficial, ¿Recuerdas?

Empecé a entenderlo todo, me encantaban las conspiraciones, las investigaciones, pero no aquellas en las que yo era el protagonista. Alguien no quería que entrase en ese edificio. Tal vez Sully Green no estaba tan loco, algo importante se ocultaba tras aquellas ruinas calcinadas.

Una semana después ya estaba volando hacia Washington D.C, no volví a Royal Grown State hasta 1990.

Años después, mientras me encontraba en mi despacho en la central del FBI, recibí una llamada de Mick, en ella me contó que tanto Mauricio Tollins como su mujer, Verónica, habían fallecido en un accidente de coche. Era algo lamentable, sin embargo lo más siniestro del caso, es que ambos cadáveres fueron robados de la morgue, no supieron quien fue, algunos testigos afirmaron ver a un hombre metiendo los cadáveres en su maletero, no supieron qué coche, aunque todos afirmaron que se parecía a un Cadillac. Sin duda 1979 fue un mal año para la familia Tollins.

Era la víspera de navidad, acababa de llegar de Washington. Una llamada de Mick me situó de nuevo en aquel pueblo siniestro. Hacía 14 años que no volvía, lo único que aún me ataba allí era Thomas Green.

Mick me informó que había sido ingresado de manera sospechosa en el centro psiquiátrico Merrous Place, la policía había registrado el sótano del edificio encontrando una mochila con un cuaderno con dibujos extraños, también decían que parecía ser Christian Matson. Algo totalmente imposible, aquel asesino se cobraba vidas muy lejos de allí, en la costa sur, nunca iría a un pueblo aislado a matar gente, era obvio. Sin embargo dentro de mí sabía que podía ser una estratagema para llamar toda la atención posible. Me desplazé hasta Merrous Place, quería hablar con quien estaba al mando, ese era el jefe de psiquiatría, el doctor Michael Carpenter. Me preguntaba qué sabría, así que decidí tantearlo un poco.

CAPÍTULO 27

DESCANSE EN PAZ

Royal Grown State, 1995.

- ¿Hora de la muerte? – preguntó el inspector Mick Graham.
- 2 AM señor.
- Investigad todo, ¡Buscad alguna nota de suicidio chicos!
- Entendido señor - respondieron ambos policías.
- ¡Llamadme con cualquier prueba! – avisaba mientras salía de la casa.
- ¡Joder! ¿Qué cojones es esto? – gritaba uno de los policías cuando aún no había abandonado la casa el inspector.
- ¡Dámelo! –ordenó mientras sus ojos se clavaban sobre aquel cuaderno.
- Supongo que no pudo soportar ese trabajo tantos años – comentó uno de los policías.
- Llamad al Detective Night, ¡YA! - gritó el inspector Graham.
- Llegará lo antes posible señor.
- Perfecto.

Llegué pasadas las 6 de la mañana. Aquello parecía el infierno, las paredes estaban repletas de dibujos de una habitación extraña parecida a un zulo o sótano, lo más peculiar es que en aquellos dibujos todo estaba lleno de cadáveres. El cuerpo yacía colgado del techo, se había ahorcado, era obvio que no se lo hizo nadie, aunque Mick y yo sabíamos que eso no era todo.

En cierta manera, desde un principio supe que hay personas que no están preparadas para conocer más allá de lo existente y el Sr Carpenter era una de esas personas.

El caso de la familia Green era algo más que un caso para mí. Era la razón de mi vida, la señal de cuál era mi destino.

- ¿Algo interesante que hayáis encontrado? – pregunté interesadamente.
- Sí Sr Night, este cuaderno - respondió uno de los policías.
- Dámelo, yo me encargo

No hubo más conversación, guiñé el ojo a Mick y salí de allí. Quería empezar a aclarar aquello aunque de alguna manera podía imaginar qué había pasado.

Nunca he sido muy lector, sin embargo leí más de aquel cuaderno que todo lo que había leído en mi vida. Me basaba en las pruebas, en las evidencias, nunca tenía que leer demasiado.

Apunté un nombre. Anastasia.

Tenía a mi disposición toda la información sobre el caso Carpenter, así que lo aproveché para buscar si había algo sobre aquella mujer, y lo encontré.

En el archivo de ingreso de Thomas Green ponía su nombre y algo más de información.

Sr Thomas Green

Fecha de Nacimiento: 16/10/1961

Ingreso: 18 de Diciembre de 1990.

El paciente acudió a urgencias de Merrous Place junto a una mujer, Anastasia Tucker y un miembro de los cuerpos de seguridad, Fabio Casteda.

El Sr Casteda afirma haber llegado al lugar de los hechos y encontrarse al Sr Green frente a la casa de la Sra Tucker increpándola, mostrando un evidente brote psicótico, ya que según él parecía balbucear a una persona que no estaba presente en el lugar.

El paciente presentaba una herida grave en su brazo derecho y múltiples cortes, presuntamente autoinflingidos, además de persistentes delirios y la capacidad de desempeño alterada.

Aquel informe ya lo conocía, fue rellenado semanas después cuando por fin obtuvieron datos del Sr Green, todo fue cuando él quiso. Pasó de ser un completo desconocido (salvo para mi) a ser Thomas Green.

No recordaba el apellido de la Sra Tucker, sin duda era el elemento que me faltaba para encontrarla. Sabía que su versión de los hechos no era real, tenía suficiente para ir a buscarla.

Cuando estaba cerca de aquella urbanización, fue cuando volví a ver aquel edificio medio derruido. Era inhóspito, las malas vibraciones aumentaban a medida que me acercaba, no podía creer que aún siguiera en pie.

El enorme cartel de Royal Street me señaló que ya estaba allí. La casa de la Sra Tucker era la primera. Todo estaba muy cuidado, las plantas estaban verdes y frondosas, me acerqué a su puerta, era enorme, parecía estar hecha de madera de roble. Ella me abrió sin ni si quiera haber llamado.

- ¿Quién es usted?
- Buenas tardes Sra Tucker, soy John Night detective del FBI.
- ¿En qué puedo ayudarle?
- Quiero hacerle unas preguntas sobre Thomas Green.
- Lo siento, no sé quién es. No creo que pueda ayudarle (mientras cerraba la puerta lentamente)
- ¡Espere! Es un hombre que vagaba por esta zona, estuvo ingresado en Merrous Place. Según el informe lo ingresó usted.

Su rostro se apagó. Pude ver el sufrimiento y el terror en cada uno de los pliegues de su cara, aquella mujer había padecido el miedo que provocaba Thomas Green.

- ¡No quiero hablar de ese hombre!
- Sra Tucker, ¿Qué pasó el 18 de Diciembre de 1990?
- No voy a contestar. ¡Hace 5 años de aquello! – afirmaba mientras los ojos se le llenaban de lágrimas.
- Tiene que hacerlo. Sé que no contó la verdad.
- Lo conté ¡Todo!
- ¿Quién hirió al Sr Green?
- No lo sé, cuando vino a increparme ya estaba herido.
- Sra Tucker, ¿Usted le atacó? ¿Fue el Sr Casteda?
- Él no fue, él sólo me ayudó.
- ¿¡Quién le cortó la mano a Thomas Green!? –Grité efusivamente.
- ¡FUI YO! ¡Yo lo hice! ¡Lo hice maldita sea! - afirmaba mientras las lágrimas caían sobre su rostro.
- ¿Por qué?
- Ese malnacido me perseguía, no paraba de hablarme, quería que saliésemos, quería que fuese a su casa cuando yo sabía que vivía en aquel edificio, era asqueroso, no me dejaba vivir. Dejé de salir, no quería hacer nada si no estaba acompañada. El Sr Casteda siempre me protegía de él, me ayudaba a poder salir sin que ese lunático me siguiera.
- Sra Tucker ¿Qué paso aquel día?
- Estaba en casa con el Sr Casteda, estábamos discutiendo, en aquel momento éramos pareja, era una simple pelea de convivencia, entonces aquel hombre estaba fuera mirándonos por la ventana. En un instante desapareció y al otro estaba dentro de la casa, nunca antes había entrado. Comenzó a forcejear con el Sr Casteda que no podía

reducirlo, el pánico me invadió. Fui a la cocina y cogí un cuchillo, no me lo pensé dos veces, atacé a aquel hombre y le corté la mano. Después de aquello lo llevamos al hospital, pero Merrous Place no era un hospital. Hice lo que pude para que se quedase allí, pagué todo el tratamiento pero a los 6 meses lo soltaron.

Aquella confesión aclaró un poco aquel túnel oscuro que era Thomas Green. Desde hacía años mantenía un cierto hilo de información sobre él, sin embargo me faltaban muchísimos datos que me era imposible tener sin estar en aquel pueblo.

Esa misma tarde mientras seguía leyendo el cuaderno, recibí una llamada. El número era privado pero me decanté por cogerlo.

CAPÍTULO 28

ENTRE DOS MUNDOS

- ¡Sr John Night!
- Sí, ¿Quién habla?
- Hace mucho que me busca, pero los acontecimientos me obligan a ser yo quien le busque a usted.
- ¿Quién coño eres? no tengo tiempo para tonterías.
- Soy Sully Green, Sr Night.
- ¿Dónde? – respondí impulsivamente (no iba a andarme con conversaciones telefónicas)
- Edificio North, apartamento 21.

Dentro de mí quería seguir averiguando más sobre todo esto. Sin embargo el hecho de lo inexplicable, de lo irreal, lo hace estar resuelto. Lo inhumano lo aleja de mis funciones, pero algo se despertó en mí y quería saber más.

Me encontraba frente a su puerta, llevaba aquel cuaderno. Quería saber más y esperaba que Sully Green me lo dijese. Tras años y años detrás, fue él quien me encontró a mí.

- Hola Sr Night.
- ¿Por qué me ha llamado? ¿Qué quiere de mí?
- Hace las preguntas equivocadas Sr Night. Pregunte lo que de verdad quiere saber.
- ¿Por qué dice eso? – mientras intentaba pensar cómo formular mis preguntas.
- Su mente habla sola, ¿No la oye?
- ¿Dónde está su hijo?
- ¿Dónde cree usted que está?
- ¿Puede estar muerto? (aunque percibía que no)
- ¿Por qué cree usted eso?
- Encontramos un cuaderno. En él su hijo hablaba de un mundo distinto en el que había y hacía cosas que evidentemente no hizo.
- ¿Cómo está tan seguro?
- ¡Cállese! aún no he terminado. En la última parte del cuaderno hablaba de haber asesinado a su propio hijo. Sé que no es cierto porque lo tengo localizado, sigue con su familia adoptiva. Sin embargo después de eso hablaba de suicidarse. Léalo usted mismo;

Sé que nunca podré remplazar todo el daño que causé, pero estoy dispuesto a pagar por cada uno de mis pecados, hasta el final.

Agonizando entre sus propios pecados el ángel endemoniado dijo adiós a la tierra llevándose consigo todo el daño que causó.

- ¿Usted cree en los demonios Sr Night?

- Hace mucho tiempo que dejé de creer en mitos, Sr Green. He visto muchas cosas y creo en muchas de ellas, nada me pilla por sorpresa.
- La biblia nos enseñó mucho acerca de ellos. Son seres fuertes, no tienen debilidades, pero sobre todo son astutos. Muestran debilidad, miedo e incluso arrepentimiento, pero tan sólo son espejismos, formas de lograr engañar a sus víctimas, atraerlas hasta donde ellos quieren, para al final acabar con ellas. Y no es de extrañar, pues aun Satanás se disfraza como ángel de luz.
- ¡Maldito hijo de puta!
- Maldito estoy Sr Night desde hace mucho tiempo, pero es mi destino al igual que el suyo. Los demonios distorsionan la realidad, las conectan unas con otras de forma paralela. Hacen que vean lo que ellos quieren, la realidad es una palabra subjetiva entre nosotros.
- Veo que los comprendes muy bien, ¿También te han convencido Sully? ¿También te vas a suicidar como los demás?
- ¿Ha leído usted la página 71 Sr Night?
- ¡No he leído todas las putas páginas! –grité mientras me temblaba cada parte de mi cuerpo.
- No se preocupe, yo se la muestro.

Se acercó a mí con los brazos abiertos y lágrimas en los ojos. Fue a abrazarme pero no pude, no pude perdonarle, no pude decir adiós al pasado, sólo pude decirle adiós a él. Lo golpeé una y otra vez con mis puños hasta que me quedé sin fuerzas, las lágrimas empañaban mis ojos mientras su sangre bañaba el suelo. Vino para entregarse a su condena.

Lo arrastré hasta una cabaña derruida de la granja y lo dejé ahí tirado. La sangre se fusionaba con la tierra creando una silueta parecida a un cuadro cubista, sus manos inertes rozaban con el suelo, sus piernas como alambres de espino yacían sin fe, como arrastradas por la marea de un océano de dolor.

La cabaña de la granja tenía un subsuelo en el que gozaban de un gran privilegio las ratas, era su propia suite privada y cualquier huésped inoportuno era devorado instantáneamente. Un final demasiado elegante para lo que se merecía.

- ¿Estás... muerto? ¿Se refiere a ti?
- Ya cumplí mi condena Sr Night.
- ¿Dónde está Thomas? –la voz me temblaba, el alma se me helaba.
- Muy cerca de usted.
- ¡Quiero que me digas dónde coño está ese puto asesino!
- Usted lo vio, sé que lo vio. Le vi entre los zarzales en el campo de maíz, buscaba aquel ser, pero sólo vio el cráter que dejó aquel rayo. Llegó tarde, ojalá hubiese sido usted y no yo el portador de aquella maldición.
- ¿Dónde está su hijo, Sully...?
- ¡Detrás de usted! ¿No lo siente?

En ese momento pude notar una brisa detrás de mí, poco a poco se iba acercando mientras mi cuerpo se quedaba inmóvil. Sentía su respiración en mi oído, podía percibirlo, entonces comenzó a susurrar algo que no lograba entender, hasta que sus labios húmedos rozaron mi mejilla.

- ¡Estás MALDITO!

ARCHIVO CLASIFICADO: CASO GREEN

Dicen que la familia Green maldijo Royal Grown State. Según los vecinos de aquel pueblo, todo a su paso se marchitó, aunque realmente no fue esa familia, no fueron aquellos cuadernos, fue aquel ser. Todos los que conocían la historia, todos lo que podían provocar un leve cambio en los planes del demonio, fueron maldecidos.

Thomas Green se fugó del centro psiquiátrico Merrous Place el 16 de Febrero, actualmente se encuentra en paradero desconocido.

John Arnold Night

Marzo de 1995

CAPÍTULO 29

SULLY GREEN

Merrous Place, 1960.

- ¿Puedo preguntarle algo doctor Carpenter?
- Claro – contesté sin dudarlo.
- ¿Cree usted algo de lo que le he contado?
- Lo que yo crea no importa Sully, para ti puede ser muy real pero eso no significa que pasará.
- No sólo lo que ve la mayoría es real doctor Carpenter. La percepción es algo subjetivo y abstracto, algunos pueden ver mucho donde otros no ven nada.
- Bonita teoría.
- ¡Es cierto! el mundo está lleno de colores, sin embargo no todos los vemos. Los perros no ven las tonalidades como nosotros, el color rojo o el naranja es amarillo para ellos.
- ¿Quieres explicarme unas alucinaciones con una teoría de colores Sully?
- No... Sólo intento explicarle que la realidad es subjetiva y que al igual que ellos no perciben todos los colores, nosotros no tenemos porqué ver toda la realidad.
- Pero, ¿Tu sí ves más allá, no?
- No sea sarcástico, me cae usted bien.
- ¿Consideras que tienes la capacidad de ver más allá que los demás humanos?
- Considero que soy capaz de percibir dos realidades al mismo tiempo, dos mundos conectados en los que los hechos pasan de distinta manera pero producen los mismos resultados.
- He de reconocer que nunca había oído una historia tan interesante como la tuya Sully.
- Tengo la sensación doctor Carpenter que usted y yo no somos tan distintos.
- Tal vez no Sully, en algún momento de nuestras vidas todos nos parecemos.
- Presiento que algún día se topará con una historia como la mía y no podrá dar la espalda a la verdad.
- ¿Me maldices con ello Sully?
- Eso ya lo hicieron hace mucho. (mientras ambos reían alejándose el uno del otro)

CAPÍTULO 30

EL SER QUE HABITA EN MÍ

El niño corría sin un rumbo claro, sólo quería alejarse de todo lo que le hacía daño. Un suave viento acompañaba su caminar, indecisiones le habían llevado allí. Sólo se cuestionaba si aquellas preguntas eran humo que cubría una gran cobardía, la realidad.

Pocos años sostenían sus hombros rocosos y bien definidos, pero frágiles por una mente enferma. Le perseguían sus errores y sus miedos le impedían avanzar; le impedían autorrealizarse. Al otro lado del camino le esperaba un sinfín de preguntas, sin embargo en el último momento se dio la vuelta y volvió como oveja rezagada a su rebaño.

Maldecía la vida que le había tocado vivir; pero a la vez no tenía el valor de darla por zanjada en aquel mismo camino, tan sólo era un cobarde.

Cada mañana intentaba luchar contra su mente, pero era una tarea demasiado heroica y persistente para él. Poco a poco la afección lo arrinconaba más y más contra la barrera de la existencia. Hasta que finalmente se reveló contra la vida, contra la humanidad, contra el destino, pero no contra lo que le destruía, eso le era imposible.

Aquel niño tan sólo quería poder ser él mismo sin que el mundo le arrebatara su derecho a ser feliz. Una infancia marcada por el maltrato, la soledad y el acoso. Su tristeza era una constelación de emociones negativas, su mente sentía lástima de sí misma. Sus manos se entrecruzaban mientras temblaba al imaginar volver a sufrir. Aunque lo hiciera cada día, el miedo parecía ser una sensación nueva.

Proyectaba su voz hacia una soledad mientras buscaba respuestas, ¿Hay alguien ahí? Decía mientras el silencio era su respuesta y el miedo su sentimiento.

Sepultado por miles de daños psicológicos, el tiempo no pasaba con la suficiente velocidad y los malos momentos se hacían eternos en una mente ya de por sí maltratada. Quería olvidar, quería empezar de cero, ocultar todo lo malo bajo un halo de indiferencia. Algo totalmente imposible.

Desde lejos, en la zona menos negativa de su subconsciente era donde se posicionaban las noches menos tristes, desde ahí intentaba ver el futuro con una perspectiva más positiva.

Con gritos de esperanza pedía ayuda porque verdaderamente la necesitaba.

Para mi mejor amigo Thomas.

De tu amigo que te quiere

Billy